

# Índice

Introducción 3

## Primera Parte UNIDAD EN EL CUERPO

|  |    |
|--|----|
| <b>Capítulo I: El cristianismo en Éfeso</b>    | 4  |
| 1. Pablo en Éfeso                              | 4  |
| 2. Otros líderes cristianos en Éfeso           | 4  |
| 3. La epístola a los efesios                   | 5  |
| <b>Capítulo II: Elementos de unidad</b>        | 5  |
| 1. Elemento material: «Un cuerpo»              | 5  |
| 2. Elemento espiritual: «Un espíritu»          | 6  |
| 3. Elemento escatológico: «Una esperanza»      | 6  |
| 4. Elemento jerárquico: «Un Señor»             | 6  |
| 5. Elemento doctrinal: «Una fe»                | 7  |
| 6. Elemento ritual: «Un bautismo»              | 7  |
| 7. Elemento divino: «Un Dios»                  | 8  |
| 8. Elemento paternal: «Un padre»               | 8  |
| <b>Capítulo III: Requisitos para la unidad</b> | 9  |
| 1. Unión con Cristo                            | 9  |
| 2. Conciencia cristiana                        | 9  |
| 3. Humildad                                    | 10 |
| 4. Mansedumbre                                 | 10 |
| 5. Tolerancia                                  | 10 |
| 6. Paciencia                                   | 11 |
| 7. Amor  | 11 |
| 8. Disposición                                 | 11 |
| 9. Paz   | 12 |
| Conclusión                                     | 12 |

## Segunda Parte EQUIPADOS PARA TODA BUENA OBRA

|  |    |
|--|----|
| Introducción                                   | 13 |
| <b>Capítulo I: Dones individuales</b>          | 13 |
| 1. Apóstoles                                   | 13 |
| 2. Profetas                                    | 14 |
| 3. Evangelistas                                | 14 |
| 4. Pastores                                    | 14 |
| 5. Maestros                                    | 15 |
| 6. Bendición o maldición                       | 15 |
| 7. Ministro                                    | 15 |
| 8. Predicador                                  | 15 |
| 9. Tres preguntas                              | 16 |
| <b>Capítulo II: El dador de los dones</b>      | 17 |
| 1. El Cristo soberano                          | 17 |
| 2. El Cristo encarnado                         | 17 |
| 3. El Cristo resucitado                        | 17 |
| 4. El Cristo exaltado                          | 18 |
| <b>Capítulo III: La finalidad de los dones</b> | 19 |
| 1. Para perfeccionar a los santos              | 19 |
| 2. Para el conocimiento de Cristo              | 19 |
| 3. Para el desarrollo de los cristianos        | 20 |
| 4. Para el crecimiento espiritual              | 21 |
| 5. Para la edificación en amor                 | 21 |
| Conclusión                                     | 22 |

Tercera Parte  
**CRISTIANOS EN CONFLICTO**

|   |    |
|---|----|
| Introducción                                  | 23 |
| <b>Capítulo I: Naturaleza de la lucha</b>     | 24 |
| 1. Poderes diabólicos                         | 24 |
| 2. Poderes ultraterrenos                      | 25 |
| <b>Capítulo II: Disposición para la lucha</b> | 26 |
| 1. Fortaleza                                  | 26 |
| 2. Vestuario                                  | 27 |
| 3. Celeridad                                  | 27 |
| 4. Firmeza                                    | 28 |
| <b>Capítulo III: Armas para la lucha</b>      | 29 |
| 1. Lomos de verdad                            | 29 |
| 2. Coraza de justicia                         | 29 |
| 3. Pies calzados                              | 30 |
| 4. Escudo de la fe                            | 30 |
| 5. Yelmo de salvación                         | 31 |
| 6. Espada del Espíritu                        | 32 |
| Conclusión                                    | 33 |

Cuarta Parte  
**UNA ORACIÓN PARA TODAS LAS OCASIONES**

|  |    |
|--|----|
| Introducción                                 | 34 |
| <b>Capítulo I: Toda la armadura de Dios</b>  | 35 |
| 1. Insuficiencia de la armadura              | 35 |
| 2. Necesidad de la oración                   | 35 |
| 3. La oración, arma eficaz contra el diablo  | 36 |
| <b>Capítulo II: Oración multidimensional</b> | 36 |
| 1. Tiempo                                    | 36 |
| 2. Forma                                     | 37 |
| 3. Frecuencia                                | 38 |
| 4. Magnitud                                  | 39 |
| <b>Capítulo III: Sujeto de la Oración</b>    | 40 |
| 1. Como testigo                              | 40 |
| 2. Como prisionero                           | 40 |
| 3. Como predicador                           | 41 |
| <b>Capítulo IV: Efectos de la Oración</b>    | 42 |
| 1. Comunicación                              | 42 |
| 2. Sentimiento                               | 43 |
| 3. Bendición                                 | 43 |
| Conclusión                                   | 44 |

## Introducción

En el verano de 1988 la Universidad David Lipscomb, de Nashville, Tennessee, Estados Unidos, me pidió que tomara parte en un seminario dedicado a la familia cristiana, organizado por dicha Universidad. Mi contribución consistió en cuatro conferencias sobre la epístola de Pablo a los Efesios. Primeramente redacté el texto en español. Luego fue traducido al inglés.

Los cuatro capítulos que forman este libro constituyen sustancialmente el contenido de las mencionadas conferencias. Así como fueron de ayuda espiritual a las 1.200 personas que acudieron cada noche a escucharlas, espero que lo sean a miles más que se tomen el trabajo de leerlas.

El título dado al libro ha sido sugerido por el director de Editorial Clie y está basado en el contenido del capítulo tres. El diablo no es esa repugnante figura que aparece dibujada en las litografías de artífices católicos, sino un ser individual, personal, real, poderoso, con el que nos mantenemos en guerra constante. Conocer su vulnerabilidad y las armas a nuestra disposición significa ganar terreno en la desigual batalla.

El lector advertirá que abundan las ilustraciones referidas a la historia, la literatura y la vida de los Estados Unidos de Norteamérica. Ello se debe, como queda explicado, a que el contenido de este libro se compuso para un público americano. Lejos de ser inconveniente, esta circunstancia clarifica y enriquece el texto de san Pablo.

Quiera Dios utilizar estas páginas para beneficio de quienes leen el idioma de Cervantes.

## Primera parte

### Unidad en el cuerpo

La epístola de Pablo a los Efesios, que sólo ocupa cinco páginas de la Biblia, es uno de los escritos más bellos e inspiradores de cuantos forman el canon de las Sagradas Escrituras.

El poeta, escritor y filósofo inglés Samuel Taylor Coleridge, en un delicioso libro publicado en 1835 con el título *Charlas de sobremesa*, dijo que la epístola a los Efesios es «la más divina composición humana».

Para quienes creemos en la inspiración divina de la Biblia, la frase de Coleridge equivale a decir que esta epístola es el escrito más sublime que Dios nos ha dado a través de la mente de un hombre.

## Capítulo I

# El cristianismo en Éfeso

En la época del Nuevo Testamento Éfeso era capital de la provincia romana de Asia. Junto con Antioquía y Alejandría, dominaba el Mediterráneo oriental.

A partir del siglo VIII se convirtió en el gran centro financiero de Asia Menor. Desde el comienzo del siglo XIV y quedó definitivamente integrada a Turquía. Las ruinas de Éfeso están consideradas como las mejor conservadas de todo el mundo antiguo. Barcos cargados de turistas que cruzan el Mediterráneo llegan continuamente a los modernos puertos de Izmir y Kusadasi para visitar los lugares por donde anduvo Pablo hace dos mil años.

Éfeso, la ciudad santa de Artemisa, era en tiempos del apóstol un centro pagano. En el templo de la diosa Diana se practicaban cultos del paganismo oriental (Hechos 19:24-35). La superstición y la idolatría eran explotadas en beneficio de los sacerdotes del culto a Diana (Hechos 19:23-41).

Había también en Éfeso una importante colonia judía, que organizaba su vida religiosa en torno a la sinagoga (Hechos 19:8).

De este elemento religioso surgieron los primeros cristianos.

### 1. Pablo en Éfeso

Pablo visitó por vez primera Éfeso en el otoño del año 51, en el curso de su segundo viaje misionero. Después del gran trabajo realizado en Corinto el apóstol se dirigió a Siria acompañado de Priscila y Aquila. Estos quedaron en Éfeso. Pablo, después de una breve estancia, siguió camino a Jerusalén (Hechos 18:18-21).

Unos tres años más tarde, en el verano del año 54, al iniciar su tercer viaje misionero, Pablo llegó de nuevo a Éfeso (Hechos 18:22-23; 19:1). Allí permaneció unos dos años (Hechos 19:10). Fue tan intenso su trabajo y tan gloriosos los resultados, que (Hechos 19:10).

El discurso de despedida que desde Mileto dirige a los ancianos de la Iglesia en Éfeso constituye el texto más conmovedor en los escritos de Pablo. Todo él rezuma ternura, amor, preocupación por las almas. Al final «hubo gran llanto de todos» (Hechos 20:37).

### 2. Otros líderes cristianos en Éfeso

Con Pablo estuvo en Éfeso un matrimonio judío, al parecer convertido en Roma: Aquila y Priscila. Este matrimonio encuentra en Éfeso al elocuente Apolos y le instruyen cuidadosamente en la doctrina del Cristianismo (Hechos 18:2, 18-19, 24-26).

También con Pablo estuvo en Éfeso Lucas, «el médico amado» (Colosenses 4:14), autor del tercer Evangelio y del libro de los Hechos. Lucas participó de las experiencias de Pablo a lo largo de varios años. Cuando el apóstol batalló «en Éfeso contra las fieras» (1 Corintios 15:32), Lucas le acompañó en sus tribulaciones.

Entre la primera y la segunda visita de Pablo a Éfeso llegó a esta ciudad un judío de Alejandría llamado Apolos. Había sido instruido por los discípulos de Juan el Bautista, quienes practicaban el bautismo sólo como símbolo de arrepentimiento. Era un hombre muy erudito en las Escrituras del Antiguo Testamento y de elocuencia arrebatadora. Aquila y Priscila lo oyeron en la sinagoga de Éfeso, y advirtiéndolo su gran capacidad para el ministerio, «le tomaron aparte y le expusieron más exactamente el camino de Dios» (Hechos 18:26).

De Éfeso Apolos pasó a Corinto (Hechos 18:27-28), donde el éxito de su predicación fue tan grande que lo equipararon a Pedro y Pablo. Con el fin de evitar divisiones, Apolos regresó a Éfeso, donde continuó trabajando junto al apóstol Pablo (1 Corintios 16:7-12).

Timoteo de Listra (Hechos 16:1), el joven y fiel discípulo de Pablo, viajó con éste desde Corinto a Éfeso. Según 1 Timoteo 1:3-4, Pablo dejó a Timoteo durante una temporada en Éfeso con objeto de corregir algunas desviaciones doctrinales. El historiador Eusebio dice que Timoteo llegó a ejercer cargos máximos en la Iglesia de Éfeso y allí murió a edad avanzada.

Una tradición que tiene sus orígenes en los primeros siglos dice que Juan, el discípulo amado, autor del Evangelio, las tres epístolas y el Apocalipsis, vivió en Éfeso los últimos años de su vida y fue enterrado allí. Las mismas fuentes añaden que Juan

llevó con él a María, madre de Jesús, quien también murió y fue sepultada en Éfeso. Escritos procedentes del siglo VI sostienen que María Magdalena acompañó a Juan y a la madre de Jesús a Éfeso y que sus restos reposan también entre las ruinas de la ciudad.

En estos casos nos falta la autoridad de la Biblia, que nada dice al respecto. La presencia de María madre de Jesús, María Magdalena y Juan en Éfeso puede ser fruto de la especulación mitológica o eventos de la historia real. Puesto que no estamos en condiciones de arbitrar el enigma, esperemos a que la eternidad nos dé justa solución.

### 3. La epístola a los Efesios

La epístola a los Efesios, como las otras tres llamadas «epístolas de la cautividad» –Filipenses, Colosenses y Filemón–, fue escrita por Pablo en el curso de los dos años que vivió «en una casa alquilada» de Roma (Hechos 28:30), prisionero del poderoso imperio. La fecha más probable está entre los años 61 y 63, desde luego antes del año 70, cuando se produce la destrucción de Jerusalén, hecho que no se menciona en ninguna de las cuatro epístolas.

La carta fue enviada por medio de Tíquico (Efesios 6:21-22). Primero por mar y luego por tierra, la brillante epístola llegó a manos de los efesios.

La epístola a los Efesios contiene algunas de las más bellas formulaciones de la teología paulina. Su contenido puede resumirse en dos palabras: Cristo, Iglesia. Son los dos grandes temas sobre los que giran los razonamientos del apóstol.

En los capítulos 1, 3 y 4, el tema predominante es la unidad de la Iglesia, cuerpo de Cristo. El capítulo 4 inicia la segunda sección de la epístola, donde Pablo pasa de los principios doctrinales a la aplicación de la enseñanza. Los seis primeros versículos de este capítulo insisten sobre la importancia de la unidad de los miembros del cuerpo, unidad que es la esencia de la Iglesia.

## Capítulo II Elementos de unidad

Un antiguo proverbio español dice que el valor crea vencedores. La unidad crea invencibles.

El escritor francés La Fontaine sostenía que toda fuerza es débil si no está unida.

Pablo sabía que en la Iglesia reside la fuerza del Evangelio (Romanos 1:16). Para que esta fuerza triunfe la Iglesia ha de permanecer unida.

Los versículos 4, 5 y 6 de este capítulo 4 contienen ocho elementos de unidad.

### 1. Elemento material: «Un cuerpo» (v. 4)

En textos de Efesios y de otras epístolas Pablo define la Iglesia como cuerpo de Cristo. «Y él es la cabeza del cuerpo, que es la Iglesia», dice en Colosenses 1:18.

Pero ¿qué clase de cuerpo es la Iglesia?

Se la ha definido como cuerpo espiritual de Cristo y cuerpo místico de Cristo.

Esto es un error. La Iglesia no es un cuerpo espiritual en el sentido absoluto del término. No está formada por ángeles ni por espíritus etéreos.

Tampoco es la Iglesia un cuerpo místico. El misticismo proclama el abandono de la razón en aras del sentimiento y la imaginación. La Iglesia, aunque es un cuerpo de implantación divina, puesto que fue instituida por Cristo (Mateo 16:18; Hechos 20:28), está formada por entes materiales, personas físicas, cerebrales.

Cada cristiano es un miembro del cuerpo de Cristo. Y los cristianos no vivimos en el tercer cielo, ni entre las brumas del paraíso imaginado por Milton.

Vivimos en la carne y en la tierra. Nuestra boca es la boca de Cristo. Nuestros pies son los pies de Cristo. Nuestras manos son las manos de Cristo.

Cuando Pablo ruega por las misericordias de Dios que presentemos nuestros cuerpos en sacrificio vivo (Romanos 12:1), nos está pidiendo que pongamos todos los

miembros de nuestro cuerpo material a disposición del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia.

## 2. Elemento espiritual: «Un espíritu» (v. 4)

Espíritu, con mayúscula, es la tercera persona de la Trinidad. El Espíritu que llenó los corazones de los discípulos el primer pentecostés después de la resurrección de Cristo (Hechos 2:4). El Espíritu que «cayó» sobre Pedro en casa de Cornelio (Hechos 11:15). El Espíritu que integra en un solo Cuerpo a judíos y griegos, esclavos y libres (1 Corintios 12:13).

El Espíritu es el alma de la Iglesia, el principio vital, la fuerza interna que pone todo el cuerpo en movimiento.

La Iglesia está fracasada en el mundo de hoy porque hemos sustituido la acción del espíritu por la técnica humana.

Entre una campaña política y una campaña evangelística hay poca diferencia.

Edificios lujosos y cómodos.

Oficinas con modernos ordenadores.

Secretarías que parecen estrellas de Hollywood.

Ficheros donde los individuos figuran con un número.

Técnica de seguimiento copiada de las empresas comerciales.

Presupuestos voluminosos.

Predicadores que quieren ser Johny Carson en versión religiosa.

Es cierto que hay actividad, trabajo, dinamismo. Como en la profecía de Ezequiel, hay ruido, temblores, huesos que se juntan con otros huesos, apariencia de vida, «pero no había en ellos espíritu» (Ezequiel 37:1-8).

La Iglesia que quiera crecer de acuerdo a las normas divinas debe tener en cuenta las palabras de Cristo: «El espíritu es el que da vida». Los esfuerzos carnales, productos de la sabiduría humana, «para nada aprovechan» en la extensión y edificación del Cuerpo (Juan 6:63).

## 3. Elemento escatológico: «Una esperanza» (v. 4)

La esperanza es un elemento escatológico. Tiene que ver con la expectación del futuro.

Muchos comentaristas que escriben sobre este versículo no le dan importancia al tema de la esperanza en relación con el contexto. El comentario de David Lipscomb dice simplemente: «Hay un llamamiento para seguir a Cristo; y una esperanza de hogar en el cielo como consecuencia de este llamamiento».

Lipscomb no se compromete en la explicación del sentido que tiene la esperanza. Por eso no se equivoca. Quien se equivoca es Michael R. Weed en el comentario que publica R.B. Sweet. Dice Weed: «Esperanza es la consecuencia del llamamiento del creyente y no la fuente de unidad».

Sí. La esperanza es también una fuente de unidad.

Cristo dice que en la casa del Padre hay muchas moradas.

En 1930 se publicó en Boston una obra biográfica titulada *La familia Adams*. Fue escrita por James T. Adams. El autor estudia la dinastía de John Adams, segundo presidente de los Estados Unidos. Por el libro desfilan cuatro generaciones de personas que han servido fielmente a los Estados Unidos. En un pasaje del libro, John Adams dice a su mujer: «Quiero que seamos una familia muy unida para que también nuestros hijos formen familias unidas». Las bases de la unidad familiar que pretendía John Adams tenían proyección de futuro; miraban al mañana.

Nosotros creemos que en la casa del Padre hay muchas moradas (Juan 14:2), que los moradores viven unidos en torno al trono de Dios y al Cordero (Apocalipsis 5:8-14). Y un día esperamos formar parte de esos seres felices. Lo esperamos con esperanza y lo deseamos con fervor. Pues bien, si algunas Iglesias, tal como viven hoy, fueran trasplantadas de la tierra al cielo, se acabaría la unidad en el paraíso.

## 4. Elemento jerárquico: «Un Señor» (v. 5)

El Cristianismo de hoy es un enorme monstruo con tres grandes cabezas y otras muchas cabezas pequeñas.

Las tres cabezas grandes son: El Papa de la Iglesia católica, el Patriarca de la Iglesia ortodoxa y el Arzobispo de la Iglesia anglicana. Las cabezas pequeñas son los profetas de algunas sectas tales como Mormones, Testigos de Jehová, Ciencia Cristiana, etc.

Todos estos líderes dicen que reconocen a Cristo como Señor de la Iglesia. Pero esto sólo en teoría. En la práctica actúan como si fueran ellos cabezas visibles de la Iglesia.

Si reconocieran a Cristo como única autoridad de la Iglesia no introducirían tantos cambios, ni formularían dogmas, ni impondrían funciones extrañas a la Iglesia del Nuevo Testamento.

¿Qué tiene que ver el señorío de Cristo con la unidad de la Iglesia?

¡Mucho!

Imaginemos un grupo de personas sentadas en círculo deliberando entre ellas. En la medida en que uno hable con el compañero que tiene a su izquierda se apartará del que tiene a la derecha. Puede llegar un momento en que la confusión reinante haga imposible el diálogo. Pero si en el centro del círculo colocamos una figura dominante, con autoridad para arbitrar soluciones, todas las partes en conflicto pueden dirigirse a ella. Aun cuando la convivencia entre los componentes del círculo se haga difícil, en la autoridad central hallarán un elemento mediador y pacificador.

¿Acaso no fue esto lo que quiso decir Cristo cuando pidió a sus discípulos: «Permaneced en mí y yo en vosotros... porque separados de mí nada podéis hacer» (Juan 15:4-5)?

### 5. Elemento doctrinal: «Una fe» (v. 5)

Entre los intérpretes de la epístola a los Efesios se discute si el sustantivo fe ha de entenderse aquí en sentido subjetivo, confianza en Dios, o en sentido objetivo, como cuerpo de doctrina.

Teniendo en cuenta la enseñanza general del texto yo me inclino por el sentido objetivo del término. Creo que Pablo no se refiere a la fe personal en Dios, sino al conjunto de la doctrina de la Iglesia. Esta misma interpretación tienen las palabras de Gálatas 1:23: «Aquel que en otro tiempo nos perseguía, ahora predica la fe que en otro tiempo asolaba». Es decir, el que antes combatía nuestras creencias ahora las acepta y las predica.

La relación entre la doctrina y la unidad de la Iglesia es obvia y evidente. Si el Cristianismo es hoy día la religión más dividida de la tierra se debe a que a lo largo de veinte siglos sus miembros se han ido apartando de la doctrina primitiva.

Cuando en 1962 se inició el Concilio Vaticano II, el Papa Juan XXIII lanzó un movimiento para lograr la unidad de los cristianos. Pero el Vaticano siempre ha entendido la unidad desde una perspectiva histórica, no doctrinal. Cree que la Iglesia

ortodoxa y las Iglesias protestantes, separadas de la Iglesia católica el siglo X y el siglo XVI respectivamente, deben volver a Roma. Pero es Roma la que debe volver al siglo primero. En la doctrina de la Iglesia es posible la unidad. Al margen de esta doctrina no hay auténtica unidad cristiana.

El movimiento de Restauración fundado por Campbell, Scott, Stone y otros se dividió en 1906 a causa de diferencias doctrinales. Hoy día, entre la Iglesia de Cristo más conservadora y los discípulos de Cristo más liberales hay tanta desigualdad como entre la noche y el día.

Judas, hermano de Santiago, nos amonesta en su epístola a contender «ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos» (Judas 3). Es un desafío a preservar la unidad doctrinal de la Iglesia.

### 6. Elemento ritual: «Un bautismo» (v. 5)

¡Cuántos esfuerzos inútiles realizan algunos comentaristas de la Biblia para explicar esta simple palabra!

Puesto que Pablo habla de un solo bautismo, todos quieren hacerlo suyo. Unos dicen que se refiere al bautismo del Espíritu; otros apoyan aquí el bautismo de niños; éstos interpretan el bautismo como simple testimonio de fe; aquéllos, como es el caso de los mormones, deducen de aquí el bautismo por los muertos...

¿Tan difícil resulta entender este texto?

Si antes, al emplear la palabra fe, el apóstol se refería al cuerpo doctrinal del Cristianismo, el bautismo es parte integrante de esa doctrina. Y un estudio cuidadoso del Nuevo Testamento demostrará que en la Iglesia primitiva se practicaba una sola forma de bautismo: De adulto, por inmersión (véase Hechos 2:58; 8:36-39; 9:18; 22:16, etc.).

El bautismo nos hace miembros de la Iglesia, nos integra al Cuerpo de Cristo (1 Corintios 12:13).

Pero el bautismo no es un pasaporte para la unidad de la Iglesia.

Caín y Abel pertenecían a la misma familia.

Eran hijos de los mismos padres.

Eran hermanos carnales.

Adoraban al mismo Dios, aunque de forma distinta.

Vivían juntos y sin embargo estaban tan separados que uno mató al otro.

El bautismo no garantiza la unidad de la Iglesia. Las divisiones las han creado siempre personas bautizadas. Y son ellos, los cristianos, quienes tienen la responsabilidad de trabajar en el seno de las congregaciones para que el cuerpo de Cristo no se rompa.

### 7. Elemento divino: «Un Dios» (v. 6)

Al escribir sobre elementos de unidad en el Cristianismo Pablo empieza por el Cuerpo, la Iglesia (v. 9). ¿No hubiera sido más lógico comenzar hablando de Dios? No lo hace. En lugar de eso presenta a Dios como principio último de la unidad de los cristianos. Y está bien así. Porque Dios «es sobre todos, y por todos, y en todos» (v. 6).

Según Hechos 17:23, los antiguos filósofos griegos adoraban a un dios no conocido. Ése es el dios de las filosofías y de las religiones antiguas, un eterno desconocido.

El Dios de la fe cristiana es un Dios inmanente, trascendente, «de quien toma nombre toda la familia en los cielos y en la tierra» (Efesios 3:15). «Porque de él, y por él, y para él son todas las cosas» (Romanos 11:36).

En este breve texto de Efesios 4:4-6 Pablo representa un cuadro completo de la Trinidad. Como si estuviera escribiendo rudimentos doctrinales para neófitos: «Un Espíritu» (v. 4). «Un Señor» (v. 5). «Un Dios» (v. 6).

Lo que aquí es doctrina teórica se refleja y materializa en las últimas horas de la vida de Esteban, considerado como el primer mártir del Cristianismo. Cuenta Lucas que, antes de morir, (Hechos 7:55).

Aquí se habla de Dios, de Jesús y del Espíritu Santo. Es decir, de las tres personas de la Trinidad.

El argumento de la Trinidad respalda la necesidad de unión entre los cristianos: Cristo oraba de esta manera:

«Como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros... Yo en ellos, y tú en mí para que sean perfectos en unidad» (Juan 17:21-23).

La unidad entre los cristianos no es la unidad que existe en un club social, en un equipo de fútbol o en un partido político. Es una unidad sobrenatural, porque es obra de Dios y porque se la compara a la unidad existente entre el Padre y el Hijo.

### 8. Elemento paternal: «Un Padre» (v. 6)

Estas palabras de Pablo parecen un eco de las pronunciadas por el profeta Malaquías siglos antes: «¿No tenemos todos un mismo Padre? ¿No nos ha creado un mismo Dios?» (Malaquías 2:10).

En todas las religiones antiguas existe el concepto de Padre aplicado a Dios. Pero solamente como expresión de respeto, de temor reverente. Considerar a Dios como Padre era para las religiones primitivas una necesidad social y no una relación familiar.

Pero el concepto bíblico es diferente. El fundamento para llamar Padre a Dios lo ve Moisés en la relación familiar: «¿No es él tu padre que te creó? Él te hizo y te estableció» (Deuteronomio 32:6).

Además de estas razones generativas, en las enseñanzas de Jesús Dios es Padre por las preocupaciones constantes que tiene por sus hijos: «Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros: y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?» (Mateo 6:26).



## Capítulo III

# Requisitos para la unidad

En los versículos comentados Pablo concreta la unidad de la Iglesia en ocho elementos principales:

- Un Cuerpo.
- Un Espíritu.
- Una Esperanza.
- Un Señor.
- Una Fe.
- Un Bautismo.
- Un Dios.
- Un Padre.

Es el esquema doctrinal completo y perfecto para lograr la unidad de la Iglesia. Pero ¿qué condiciones espirituales se requieren para llegar al logro de esa unidad? Para unir a un ejército es suficiente con vestir a todos los soldados con uniformes del mismo color y darles una orden.

Para unir a las masas en torno a un líder político basta con un poco de carisma personal y dones de orador.

A veces para unir a un pueblo hace falta una guerra.

Para lograr la unidad en el Cuerpo de Cristo hay que reunir condiciones espirituales y morales cuya adquisición no resulta fácil, porque son contrarias a las inclinaciones de la naturaleza humana.

En los versículos 1, 2 y 3 Pablo enumera nueve requisitos necesarios para que los cristianos sean uno en Cristo.

### 1. Unión con Cristo (v. 1)

Pablo se presenta en este capítulo 4 de la epístola a los Efesios como «preso en el Señor».

Cuando escribe la epístola se encuentra literalmente preso en Roma, o semipreso en una casa alquilada (Hechos 28:30). Su condición de presidiario la señala en 3:1: «Yo Pablo, prisionero en Cristo Jesús por vosotros los gentiles...»

Pero la frase tiene también una lectura figurativa, tal vez más profunda y de más hondas consecuencias que la literal.

«Preso en el Señor» describe la unión estrecha, la íntima relación entre Pablo y su Señor. Hasta tal punto que puede decir a los gálatas: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí» (2:20).

Todas las madres americanas se estremecieron de dolor cuando al hijo del senador Edward Kennedy tuvieron que amputarle una pierna.

¿Cómo puede pretender esa pierna, que fue enterrada, contribuir a la unión de los demás miembros del cuerpo del joven Kennedy si ya no forma parte de ese cuerpo?

Solamente aquellos que pueden decir como Pablo: «Cristo en mí y yo en Él» pueden promover la unión de la Iglesia.

### 2. Conciencia cristiana (v. 1)

El segundo requisito para favorecer la unidad de la Iglesia es consecuencia del primero.

Si los cristianos están unidos a Cristo, deben actuar en la vida cotidiana en consecuencia con el llamamiento de Cristo: «Que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados».

El 2 de febrero de 1971 concluyó en Los Ángeles el más largo proceso criminal en la historia de California. El juicio, que duró un año, disponía la pena de muerte para Charles Manson y tres amigos suyos. Manson era el dirigente máximo de un pequeño grupo que se llamaban a sí mismos «Esclavos de Satán». En agosto de 1969, los asesinaron a nueve personas en Los Ángeles, entre ellas la actriz Sharon Tate. Por aquellos días, el gran sacerdote de Satanás en San Francisco, Anton Z. Lavey, dijo a la

Prensa: «Vamos a unir a todos los adoradores del Diablo en California y en América para luchar contra la justicia aplicada por los cristianos».

Lavey era consecuente con sus creencias. Respondía a la vocación con la que había sido llamado. Estaba preso de Satanás y quería unir en un solo cuerpo, el cuerpo del Diablo, a todos sus adoradores.

Los cristianos hemos sido llamados por Cristo. Debemos comportarnos «como es digno del Evangelio de Cristo» (Filipenses 1:27) y trabajar a favor de la unidad de la Iglesia.

### 3. Humildad (v. 2)

Aunque Cristo dijo que aprendiéramos de Él, que era humilde de corazón (Mateo 11:29), en la escuela de la vida la humildad es una asignatura muy difícil de asimilar. Sin embargo, es una virtud enriquecedora.

Según san Agustín: *«El orgullo convirtió a los ángeles en diablos; la humildad hace de los hombres ángeles».*

Y Benjamín Franklin añade: *«La humildad es el altar en el que Dios quisiera ver nuestros sacrificios a Él».*

Cuando Pablo dice que la humildad es necesaria para lograr la unidad del Cuerpo de Cristo pienso en uno de los hombres más humildes que ha tenido el Movimiento de Restauración en América: Raccoon John Smith. Cuando el 24 de diciembre de 1831 se congregaron en Lexington, Kentucky, los seguidores de Campbell y los de Stone para fundar un solo Movimiento, fue Smith el principal orador en aquella memorable ocasión. «Dejemos de ser stonistas o campbelistas –dijo Smith–. Dios tiene un solo pueblo en la tierra al que ha dado un solo libro: La Biblia».

Sin la profunda humildad de aquel hombre tal vez no se hubiera producido la unión entre Campbell y Stone.

### 4. Mansedumbre (v. 2)

La mansedumbre es diferente de la humildad.

La Enciclopedia Británica dice que humildad «es un sentimiento interno en virtud del cual la persona, consciente de su debilidad natural, se mantiene en plan de inferioridad con respecto a otros y, sobre todo, con respecto a Dios».

Mansedumbre es la virtud moral que contiene el desahogo colérico y los movimientos impetuosos de la voluntad. Supone autodomínio del carácter. Control del temperamento.

En Números 12:3 se dice que Moisés era un varón «muy manso». Cristo define su carácter como «manso de corazón» (Mateo 11:29).

La mansedumbre es imprescindible para la unidad cristiana.

Yo tenía un amigo de Haití que estudiaba en una escuela para predicadores en Estados Unidos. Este joven murió y la esposa, que vivía en México, vino inmediatamente para hacer los planes para el entierro. Habló con uno de los profesores de la escuela, le pidió que le ayudara, que ella no tenía dinero para el entierro. El profesor le contestó: «Si no tienes dinero lo pides al banco y luego te quedas aquí trabajando hasta que lo pagues».

«Desde entonces –dice la mujer– no quiero saber nada de estos predicadores americanos.»

Ni la actitud de este hombre ni sus palabras revelan la mansedumbre cristiana.

Cuando tratamos a nuestros hermanos con acritud estamos estorbando la unidad de la Iglesia. Salomón dice que «la mansedumbre hará cesar grandes ofensas» (Eclesiastés 10:4).

### 5. Tolerancia (v. 2)

«Soportándoos... los unos a los otros...»

¿Sabéis cuándo empezó a romperse la unidad de la Iglesia?

Antes del capítulo 2 de los Hechos.

En los Evangelios.

En vida de Jesús.

Cuando los discípulos querían pedir fuego del cielo para que quemara vivos a los habitantes de una pequeña aldea de Samaria que al parecer se negaron a que Jesús cruzara su territorio (Lucas 9:51-56).

Cuando los discípulos se enfrascaron en una discusión sobre cuál de ellos sería mayor que el otro (Lucas 9:46-48).

Cuando los discípulos, molestos por la presencia de tanta gente hambrienta y sin lugar donde dormir, dijeron a Jesús: «Despide a la gente» (Lucas 9:12).

Estas tres actitudes de los discípulos sintetizan el mal de la intolerancia:

Incapacidad para aceptar y respetar las ideas religiosas de los demás, aunque en nuestra conciencia creamos que están equivocados.

Deseos de establecer una jerarquía espiritual en la que nosotros ocupemos los primeros puestos para ejercer autoridad sobre otros.

Falta de amor para comprender al ser humano y aceptarlo con todas sus debilidades, en lugar de alejarlo de nuestra presencia con malos modos.

Soportar, en el pensamiento de Pablo, significa ser tolerantes con los más frágiles: «Los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles» (Romanos 15:1).

En este espíritu de tolerancia se contribuye a la unidad de la Iglesia.

## 6. Paciencia (v. 2)

¿Es la paciencia consecuencia de la tolerancia o es la tolerancia hija de la paciencia?

Ambos principios pueden ser correctos.

La persona paciente suele ser tolerante y la persona tolerante cultiva la paciencia.

Judas Iscariote fue elegido por Jesús desde el principio de su ministerio, al mismo tiempo que los demás discípulos (Marcos 3:13-19). Desde el instante mismo de la elección sabía que Judas le traicionaría (Juan 6:64-70). Sin embargo, fue paciente con él durante tres años para evitar su condenación y para que no se rompiera la unidad de los doce.

Uno de los dramas más profundos de Shakespeare es, sin duda, *Otelo*. Yago hace nacer en el ánimo de Otelo la sospecha de que su esposa le engaña. Otelo, cegado por los celos, estrangula a Desdémona en el lecho. Después del crimen, Otelo se arrepentirá por no haber tenido paciencia para establecer la verdad. Dice: «Habría podido encontrar en un rincón de mi alma una gota de paciencia» (Acto IV, escena 2ª)

«¡Qué pobres gentes las que carecen de paciencia» (Acto II, escena 3ª)

«Tened paciencia hasta la venida del Señor, dice el apóstol Santiago (5:7).

Por falta de paciencia estrangulamos espiritualmente a muchos miembros de la Iglesia y provocamos la desunión en el Cuerpo de Cristo.

## 7. Amor (v. 2)

El amor es el elemento cumbre, la condición indispensable para lograr la unidad de la Iglesia.

Sin el amor, las demás virtudes no pueden existir.

El amor a Cristo nos une a Él.

El amor a Dios despierta en nosotros el sentido de nuestra vocación cristiana, la dignidad del llamamiento espiritual.

El amor a los hermanos nos hace humildes, mansos, tolerantes y pacientes. Encauza las relaciones humanas por senderos de unidad, no de separación.

Cristo se quejó con amargura por el rechazo de Jerusalén. Desbordando la pena y la ternura que le embargaba, dijo: «¡Jerusalén, Jerusalén... ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste!» (Lucas 13:34).

¡Qué figura, qué ejemplo, qué lección!

¡La gallina cobijando bajo sus alas a todos los polluelos es la imagen viva del amor y de la unidad!

Si esto fuera posible, cada cristiano debería desplegar alas tan grandes como el universo, alas de amor, para unir bajo ellas a los miembros del Cuerpo de Cristo.

La Biblia habla de un pecado misterioso que nunca será perdonado. Yo creo que este pecado es la falta de amor.

Donde hay amor hay unidad, porque la unidad se rompe a causa de las imperfecciones humanas, y «el amor cubrirá todas las faltas» (Proverbios 10:12).

«Ven, embriaguémonos de amores hasta la mañana; alegrémonos en amores» (Proverbios 7:18).

## 8. Disposición (v. 3)

La voluntad es un factor decisivo en las relaciones entre el hombre y Dios.

La Biblia enseña que la voluntad del hombre es libre y responsable. Lo era antes de la caída y lo fue después de la caída.

Esta libertad de la voluntad humana se manifiesta en el hecho de que el hombre delibera y decide.

Dios «quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad» (1 Timoteo 2:4), pero lo quiere en el contexto de la voluntad humana. Dios nunca forzará al hombre a aceptar la salvación y la verdad.

En lo que respecta a la unidad del Cuerpo de Cristo ocurre lo mismo. El Evangelio de Juan y las epístolas de Pablo abundan en exhortaciones a los cristianos para que se

esfuerzen en mantener la unidad de la Iglesia. Pero tampoco forzará la voluntad de los miembros para que mantengan la unidad del Cuerpo. Ha de ser una decisión libre, consecuencia de su sentido de la responsabilidad.

De aquí que Pablo emplee el adjetivo «solícito» al recomendar que se guarde «la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz».

«Solícito» implica deseo de servir, disposición de ánimo, voluntad de hacer, querer obedecer el mandato.

Escribiendo a los corintios sobre la necesidad de ofrendar, Pablo les dice que primero ha de estar «la voluntad dispuesta» (2 Corintios 8:12).

Si trabajáramos a favor de la unidad de la Iglesia con espíritu decidido tantas veces como oramos por ella, los cristianos seríamos uno, como quería Cristo.

Pero hay contradicción entre el deseo y la voluntad. Como los hermanos de la parábola que fueron llamados por el padre para trabajar en la viña (Mateo 21:28-31), decimos que sí cuando estamos pensando que no.

## 9. Paz (v. 3)

El último requisito para lograr la unidad de la Iglesia en esta lista de nueve puntos es la paz.

Los primeros años de la vida de la Iglesia fueron idílicos. Cuando Pablo empezó a predicar, «las Iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria». Como consecuencia de esta paz en el seno de las congregaciones, «eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo» (Hechos 9:31). Es decir, permanecían unidos.

Años más tarde surgieron en las mismas congregaciones «lobos rapaces» que no perdonaron al rebaño. Y la Iglesia empezó a dividirse.

No puede haber unidad sin paz, ni paz en la guerra.

El 1 de septiembre de 1939 las tropas alemanas invadieron Polonia. Se iniciaba una guerra que duraría casi seis años, hasta el 15 de agosto de 1945.

Hitler había prometido mil años de paz para Europa. Quería unir Europa y hacer de ella una sola nación. Pero pretendía la unidad destruyendo los países europeos con sus cañones.

Nosotros queremos la unidad de la Iglesia. Pero, como ocurría en las iglesias de Galacia, pretendemos la unidad mordeándonos unos a otros, comiéndonos y consumiéndonos entre nosotros (Gálatas 5:15).

De esta forma no hay unidad posible.

La unidad del Cuerpo de Cristo se logra como aconseja Pablo a los miembros de la Iglesia en Roma, siguiendo (Romanos 14:19).

## CONCLUSIÓN

Nueva York y Berlín son dos ciudades importantes, muy visitadas por el turismo internacional.

Nueva York está compuesta por cinco distritos: Manhattan, Bronx, Brooklyn, Richmond y Queens. Ahí viven unos 10 millones de personas que se comunican entre sí a través de cinco puentes: Williamsburg, Manhattan, Queensboro, Triborough y George Washington.

Berlín tiene cuatro millones de habitantes. Estos cuatro millones de seres humanos están divididos por un muro que parte la ciudad en dos bloques: Dos millones y medio de personas en Berlín Occidental y millón y medio en Berlín Oriental.

Los puentes unen.

Los muros dividen.

Para lograr la unidad de la Iglesia hay que levantar puentes de amor de un corazón a otro corazón, de una Iglesia a otra Iglesia, de un rincón al otro rincón del mundo.

## Segunda parte

# Equipados para toda buena obra

El título de esta conferencia está inspirado en palabras de Pablo a Timoteo, donde dice que el siervo de Dios debe estar equipado para toda buena obra.

Buena obra es la extensión, el crecimiento y la unidad de la Iglesia de Cristo, establecida en Jerusalén el primer pentecostés después de la resurrección del Señor.

Es normal que cuando a un individuo se le asigna una misión importante se le equie con los medios para llevarla a cabo.

En los últimos años de la segunda guerra mundial se encomendó al general Eisenhower una misión que parecía imposible: invadir Francia por las costas de Normandía. Los cuatro países involucrados en la operación –Estados Unidos, Reino Unido, Canadá y Francia– pusieron a disposición de Eisenhower un millón de hombres y 4.000 barcos.

El desembarco, que se inició en la madrugada del 6 de junio de 1944, fue un éxito. Derrotado el ejército alemán, Francia fue liberada.

Si Eisenhower no hubiera sido convenientemente equipado para aquella obra, el triunfo habría sido imposible.

Dios tiene interés en que su Iglesia se extienda y se perfeccione, en un ambiente de armonía, de amor y de unidad. Y ha provisto los medios necesarios.

## Capítulo I

# Dones individuales (v. 11)

Citando el Salmo 68:18, Pablo dice que el Cristo resucitado, «subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres» (v. 8).

Más adelante explicaremos el sentido de la frase.

Ahora limitaremos el comentario al tema de los dones.

¿Qué clase de dones impartió?

La distribución no es exhaustiva.

Atendiendo a los problemas y necesidades de la Iglesia local, Pablo ofrece en la primera de Corintios 12:28 una lista más amplia.

Aquí refleja los principales ministerios de la Iglesia primitiva a escala universal. Esta distinción es importante y debe ser tenida en cuenta.

Pablo reduce la relación a cinco categorías, que comportan otros tantos ministerios.

### 1. Apóstoles

En el sentido estricto del término, el apostolado sólo incluye a los doce hombres escogidos por Cristo y a Pablo. Algunos añaden también a Matías, elegido por los once apóstoles para suceder a Judas (Hechos 1:26).

Los apóstoles tuvieron un ministerio muy singular, único. Sus actividades –excepto en el caso de Pablo– se iniciaron antes del establecimiento de la Iglesia.

Sus funciones acabaron cuando ellos murieron.

No dejaron sucesores.

La Iglesia católica pretende que los Papas son sucesores de Pedro.

Pero cuando Cristo dijo a Pedro: «A ti te daré las llaves del reino de los cielos» (Mateo 16:19), no añadió: «A ti y a tus sucesores». Cristo sabía que este privilegio era «personal e intransferible».

Además de la Iglesia católica, una denominación protestante de origen pentecostal se llama a sí misma Iglesia Apostólica. Sus pastores pretenden ser sucesores de los apóstoles. Al parecer, este conflicto de suplantación se dio después de la muerte de Pablo en la misma Iglesia de Éfeso. Escribiendo a los miembros de esta Iglesia, Juan les dice: «Has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos» (Apocalipsis 2:2).

¡De apóstoles mentirosos está lleno el cristianismo de hoy!

## 2. Profetas

Como en el caso anterior, los profetas pertenecieron a una época definitivamente pasada y ejercieron un ministerio que concluyó al terminar la profecía.

Dirán algunos: ¿Por qué, pues, se les incluye en la relación de dones a la Iglesia?

Porque, juntamente con los apóstoles, los profetas sirvieron como piedras de fundamento al edificio de la Iglesia, «siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo» (Efesios 2:20).

Los profetas fueron hombres elegidos por Dios para dar a conocer al mundo su Palabra. Estos «santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo» (2 Pedro 1:21).

En esta tarea, ya completada, no podemos imitarlos.

Pero así como apóstol significa «enviado», profeta quiere decir «uno que habla en lugar de otro».

En el marco de estas definiciones si que somos sucesores de aquellos hombres.

Somos enviados a un mundo que hoy le ha vuelto la espalda a Dios.

Hablamos en nombre de un Dios que tiene cosas importantes que decir al mundo.

En este sentido somos apóstoles. Somos profetas. Y deberíamos exclamar como el apóstol Pablo: «¡Ay de mí si no anunciare el Evangelio (1 Corintios 9:16).

## 3. Evangelistas

Los dos primeros dones mencionados en esta relación de cinco, tenían carácter temporal. Fueron dados a hombres concretos, especialmente llamados para cumplir el ministerio profético y apostólico, y cesaron a la muerte de aquellos hombres, una vez finalizadas sus funciones.

El don de evangelista, sin embargo, sigue operante en la Iglesia de hoy.

¿Cuál es la función del evangelista?

David Lipscomb, comentando este versículo, dice: «Evangelistas eran aquellos a quienes se les concedieron dones para ir a lugares necesitados y dar a conocer el mensaje del Evangelio. Al parecer actuaban bajo dirección de los apóstoles y eran los misioneros de aquellos tiempos».

Michael R. Weed y otros autores dicen más o menos lo mismo.

El término evangelista se aplica solamente a dos personas en el Nuevo Testamento: A Felipe (Hechos 21:8) y a Timoteo (2 Timoteo 4:5).

Los evangelistas actuales encajan en dos grupos. Uno está compuesto por quienes se trasladan a países extranjeros o a regiones del propio país para establecer congregaciones en lugares todavía sin evangelizar. Generalmente permanecen varios años en los lugares que eligen. También son considerados misioneros.

El segundo grupo lo constituyen aquellos predicadores que no tienen responsabilidades fijas en una congregación local y realizan un ministerio itinerante entre iglesias nacionales o extranjeras.

En ambos casos nos estamos refiriendo a personas dedicadas totalmente a la evangelización. Pero por extensión del término, evangelista es todo aquel que anuncia el Evangelio. En una u otra medida, todos los cristianos deberíamos ser evangelistas. Porque todos hemos de estar preparados para dar una respuesta cristiana a quien nos «demande razón de la esperanza» que hay en nosotros (1 Pedro 3:15).

## 4. Pastores

La figura del pastor es la más clara, la más identificada en el contexto doctrinal del Nuevo Testamento y en la vida de la congregación local.

Un estudio comparativo de Hechos 20:17-38 con 1 Timoteo 3:1-7 y Tito 1:5-7 nos lleva a la conclusión de que *pastores*, *ancianos* y *obispos* son títulos que corresponden a una misma persona. Los diferentes nombres están en relación con las funciones que el cargo conlleva.

Según McGarvey, como *pastor* debe alimentar espiritualmente al rebaño de Cristo: «Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella» (1 Pedro 5:2).

Como *anciano* debe cuidar la estructura orgánica de la Iglesia local: «Pues el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la Iglesia de Dios?» (1 Timoteo 3:5).

Como *obispo* debe estar involucrado en el trabajo de la Iglesia local: «Si alguno anhela obispado, buena obra desea» (1 Timoteo 3:1).

Los tres términos, aplicados a la misma persona, están implícitos en Hechos 20:28: «Mirad por *vosotros* (ancianos, según 20:17), y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por *obispos*, para apacentar (pastores) la iglesia del Señor, la cual Él ganó por su propia sangre».

## 5. Maestros

La función de maestro no es inseparable de la de pastor. En el original griego ambos títulos están incluidos en un solo artículo.

Aunque se requiere de los ancianos que sean «aptos para enseñar» (1 Timoteo 3:2), por otro texto de esta misma epístola se infiere que no todos han de tener necesariamente el don de la enseñanza: «Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, *mayormente* los que trabajan en predicar y enseñar» (1 Timoteo 5:17).

La figura del maestro va unida a la del anciano con un conocimiento profundo de la doctrina bíblica. Su ministerio está orientado a instruir «hombres fieles, idóneos para enseñar también a otros» (2 Timoteo 2:2).

## 6. Bendición o maldición

El autor de la epístola a los Hebreos pide a sus lectores que consideren el comportamiento de los pastores en el seno de la congregación local: «Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe» (Hebreos 13:7).

Esto, en el supuesto de que la fe de tales hombres sea digna de imitación. En muchos casos imitar a los pastores o ancianos puede conducir al desastre personal.

Hay Iglesias donde los ancianos son una bendición de Dios.

Hay otras Iglesias donde los ancianos más bien parecen una maldición del Diablo.

En Estados Unidos hay iglesias locales destruidas a causa del mal funcionamiento de los ancianos.

El poder, aunque sea en la pequeña escala de una congregación local, atrae mucho. Ancianos que son un problema para la Iglesia difícilmente dimiten. Prefieren ver la congregación destrozada antes que renunciar con dignidad y humanidad al cargo.

Cuando Pablo se despide de los ancianos de la Iglesia en Éfeso les dice que de entre ellos mismos se levantarán algunos «que hablen cosas perversas». Lo harían por motivos sectarios, «para arrastrar tras de sí a los discípulos» (Hechos 20:30).

Contra estos líderes infieles Cristo pronuncia un anatema enérgico: «Cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar» (Mateo 18:6).

## 7. Ministro

La figura del pastor ha sido distorsionada en todas las grandes denominaciones protestantes. El pastor se ha convertido en un hombre instalado no solamente en el púlpito, sino también a la cabeza de los demás oficiales de la Iglesia.

¿Es correcto el título de ministro? Sí, si se considera la tarea que realiza en la Iglesia como un ministerio. En las epístolas de Pablo aparece en unas quince ocasiones el sustantivo «ministerio» aplicado al trabajo de la congregación local.

El otro sustantivo masculino, «ministro», se cuenta unas doce veces, referido siempre a individuos. Ministros del Evangelio fueron los apóstoles (2 Corintios 11:23), Tíquico (Efesios 6:21), Epafras (Colosenses 1:7), Timoteo (1 Timoteo 4:6) y, naturalmente, Pablo, cuyo ministerio proclamaba y defendía con energía: «¿Son ministros de Cristo?...» Yo más... «Yo fui hecho ministro por el don de Dios... » (2 Corintios 11:23; Efesios 3:7).

## 8. Predicador

Con el título de predicador ocurre casi lo propio.

El verbo transitivo *predicar* se conjuga unas 85 veces en el Nuevo Testamento, referido a actividades relacionadas con la proclamación del Evangelio. En su forma

adjetivada, predicador sólo ocurre tres veces. Una de ellas cuando en Atenas llaman a Pablo «predicador de nuevos dioses» (Hechos 17:18). En las dos restantes Pablo se autotitula «predicador y apóstol» (1 Timoteo 2:7 y 2 Timoteo 1:11).

Aunque el término predicador se aplica principalmente a un orador religioso, también se dice del que expone públicamente ideas en torno a temas que nada tienen que ver con la religión.

Escribiendo sobre las cualidades oratorias del vicepresidente de Estados Unidos, George Bush, uno de los editores del *New York Time Magazine*, Randal Rothenberg, dice: «Bush fue un predicador ambulante del partido Republicano. En su primer año como presidente del comité del partido recorrió casi 150.000 millas, pronunció 118 discursos y dirigió 84 conferencias de Prensa».

## 9. Tres preguntas

Del tratamiento de Efesios 6:11 surgen tres preguntas que, aun cuando no están inferidas en el texto, tienen conexión con el mismo.

*Primera.* ¿Cuál era la autoridad del ministro o predicador en las Iglesias del Nuevo Testamento?

Hay predicadores que son pastores de los pastores. Es decir, mandan sobre los ancianos. Son ellos quienes tienen contacto más directo con los miembros de la Iglesia y utilizan a su favor esta influencia.

Se han dado casos en que los ancianos de una Iglesia han despedido al predicador y por la presión de los miembros han tenido que readmitirlo.

Hay otro tipo de predicadores que son ovejas de los pastores. Hombres sin voluntad, sin iniciativa, totalmente sometidos a los ancianos. No lo hacen por humildad, ni por obediencia, ni por principios bíblicos. Lo hacen por comodidad, por no aceptar responsabilidades.

*Segunda.* ¿Cuántos predicadores a pleno tiempo había en las congregaciones del Nuevo Testamento?

Hay Iglesias en Estados Unidos que tienen tres, cuatro y hasta más ministros: «ministro del púlpito»; «ministro de jóvenes»; «ministro de educación», etc.

¿Son necesarios tantos ministros? No, si los miembros se involucran más en el trabajo de la Iglesia local.

Es fácil pagar para que otros hagan el trabajo. Más difícil resulta hacerlo uno mismo. Pero al cubrir todo el trabajo de la Iglesia local con hombres profesionales, los dones no se desarrollan. No hay posibilidades, puesto que las áreas de responsabilidad de la Iglesia están atendidas por profesionales a sueldo.

*Tercera pregunta:* ¿Qué lugar ocupaban los predicadores en las Iglesias del Nuevo Testamento?

Los sacerdotes, tal como se conocen hoy en la Iglesia católica, empezaron a surgir hacia finales del siglo II. Estos sacerdotes ocuparon el lugar asignado a los ancianos y los evangelistas en el Nuevo Testamento.

Cuando se produce la Reforma luterana en el siglo XVI, la figura del pastor protestante sustituye a la del sacerdote católico.

En el siglo XIX se consolida el Movimiento de Restauración en Estados Unidos y surge la figura del predicador, que reemplaza al pastor protestante.

Pero ¿qué lugar exactamente ocupa hoy el predicador en la Iglesia local?

A veces se le designa como «profesional *Preacher*», para distinguirlo del «vocacional. Es decir, un hombre que realiza las mismas funciones que el cura en la Iglesia católica o el pastor en la Iglesia protestante.

Y no es culpa de él. Es culpa de los miembros de la Iglesia, que aún siguen diferenciando entre «religiosos» y «laicos». Que no acaban de entender que en la Iglesia de Cristo somos todos sacerdotes, todos ministros, todos predicadores. No podemos dimitir de estos privilegios ni transferirlos al llamado predicador oficial de la Iglesia.



## Capítulo II

# El dador de los dones (vv. 7-10)

Efesios 4:11 enumera algunos de los dones dados a la Iglesia para su funcionamiento, gobierno y crecimiento.

¿De dónde le vienen a la Iglesia estos dones?

La pregunta puede parecer innecesaria. Pero es fundamental, teniendo en cuenta que vivimos tiempos de secularismo. Se quiere suplantarse a Dios en la sociedad y hasta en el seno de las congregaciones cristianas.

El predicador no recibe su don de la Iglesia porque los miembros le animen a dedicarse a la predicación del Evangelio.

El anciano no recibe el don porque sea una persona influyente en la congregación. El predicador no recibe el don de la Escuela de Predicadores o de la Universidad.

El anciano no recibe el don porque sea el hombre más rico de la Iglesia local.

Los profetas recibieron el don de profecía directamente de Dios.

Los apóstoles fueron elegidos personalmente por el Maestro.

Los dones a la Iglesia, según este pasaje, proceden directamente de Cristo.

Los versículos 7 al 10 lo expresan claramente. Es un pasaje difícil al que no vamos a conceder mucho espacio, porque nos interesa más la última división del texto.

### 1. El Cristo soberano (v. 7)

***«Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo.»***

La palabra «gracia» se interpreta como una referencia a los dones que Cristo imparte.

Estos dones son dados «a cada uno de nosotros», a cada miembro de la Iglesia, puesto que la Iglesia es un organismo vivo.

La distribución de los dones no es prerrogativa de la Iglesia, sino del Señor de la Iglesia: «Conforme a la medida del don de Cristo».

Cuando el joven termina la enseñanza media y se dispone a entrar en la Universidad, los padres le preguntan: «¿Qué quieres estudiar?»

Dios no pregunta qué dones queremos poseer. Él es soberano y decide basado en su soberanía: «Todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como quiere» (1 Corintios 12:11).

### 2. El Cristo encarnado (v. 9)

***«Y eso de que subió, ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra?»***

El teólogo e himnólogo inglés Isaac Watts dice que «la tierra, con sus miles de voces, alaba a Dios».

Las partes más bajas de la tierra no debe interpretarse como lugares debajo de la corteza terrestre, sino los estamentos más humildes y miserables del mundo terrenal.

El Verbo, que habita con el Padre en el cielo, bajó a la tierra de los hombres (Juan 1:1-19). Hizo de la tierra «el estrado» de sus pies (Hechos 7:49). Esto le permitió un conocimiento más directo de la naturaleza humana. «No tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues Él sabía lo que había en el hombre (Juan 2:25).

Algunos cristianos, con la intención de parecer humildes o porque realmente lo sienten así, suelen decir: «No merezco los dones que tengo».

Si Dios te los ha dado es porque lo mereces. No proceden de un dios mitológico, sino del Dios encarnado, quien bajó a la tierra para conocer mejor al hombre.

### 3. El Cristo resucitado (v. 8)

***«Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres.»***

Cristo vino a la tierra, pero no quedó permanentemente en la tierra. Su paso por nuestro suelo transcurrió en un suspiro de tiempo. Treinta y tres años fueron «como el día de ayer, que pasó, y como una de las vigiliyas de la noche» (Salmo 90:4).

Después de su resurrección subió a lo alto y «llevó cautiva la cautividad».

Subió al lugar de donde había venido. Zacarías, en un texto sublime en el que se está refiriendo a Cristo, dice que «nos visitó desde lo alto la aurora» (Lucas 1:78).

La cautividad que Él llevó cautiva es la muerte. Por el temor a la muerte los seres humanos «estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre» (Hebreos 2:15), es decir, a esclavitud. Al salir victorioso del sepulcro, Jesús «quitó la muerte –literalmente, la mató (Oseas 13:14)– y sacó a luz la vida y la inmortalidad por medio del Evangelio» (2 Timoteo 1:10).

Si Cristo hubiera quedado para siempre en la tumba sólo habría podido dar dones a los gusanos. Al quebrantar la tumba y ascender al cielo, desde allí pudo dar «dones a los hombres». Porque «toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto» (Santiago 1:17).

#### 4. El Cristo exaltado (v. 10)

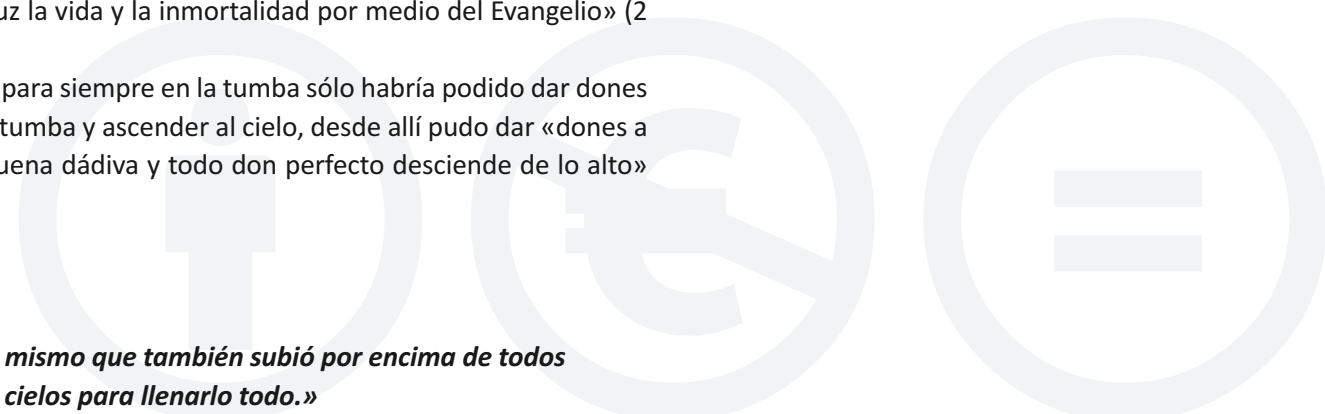
***«El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo.»***

El recorrido de Cristo por el Universo fue completo. Descendió «a las partes más bajas de la tierra» y luego «subió por encima de todos los cielos». Cruzó el cielo de las aves (Lucas 9:58), pasó por el cielo de las nebulosas (Génesis 15:5), llegó hasta el «tercer cielo» (2 Corintios 12:2) y «se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos» (Hebreos 8:1).

Pablo es el mejor comentarista de sí mismo. Cristo pudo «llenarlo todo», ejercer dominio sobre todo lo creado, por la «supereminente grandeza del poder de Dios... la cual operó en Cristo resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las

cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo».

Como cabeza de la Iglesia, Cristo distribuye dones a los restantes miembros del Cuerpo.



## Capítulo III

# La finalidad de los dones ((vv. 12-16))

En la parábola de los talentos explicada por Cristo y que Mateo recoge en el capítulo 25 de su Evangelio, hay una clara enseñanza en tomo al uso de los dones individuales. El hombre de la parábola entrega a uno de sus servidores cinco talentos, a otro dos, y a otro uno. El que recibió cinco los negoció y ganó otros cinco. El que recibió dos ganó dos más. El que sólo recibió uno hizo un hoyo en la tierra y lo escondió. El Señor de la parábola lo reprendió con dureza, llamándole «siervo malo y negligente (Mateo 25:26).

Los dones que poseemos nos han sido dados por Dios para que los pongamos al servicio de la Iglesia. No para que los enterremos en las entrañas de la tierra.

Un prominente hombre político de Estados Unidos, Leighton Ford, dijo: Y se llegó a la luna.

Dios no nos ha dado a nosotros los dones espirituales para que vayamos a la luna. Nos los ha dado, según Pablo, para que los pongamos al servicio de la Iglesia.

### 1. Para perfeccionar a los santos (v. 12)

**«A fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio,  
para la edificación del cuerpo de Cristo.»**

Algunas versiones modernas de la Biblia lo traducen «equipar a los santos».

*Equipar* a una persona significa proveerla de las cosas necesarias para un uso determinado. (Carter: «Mandamos a nuestros hombres a Vietnam suficientemente equipados para ganar aquella guerra, pero falló algo»).

*Perfeccionar* a una persona supone mejorarla para hacerla más perfecta. («El que comenzó en vosotros la buena obra la perfeccionará hasta el día de Jesucristo» (Filipenses 1:6)).

En las grandes ciudades de Colombia son famosos los *gaminos*. Niños abandonados por sus padres que a partir de los 7 u 8 años hacen la vida en la calle, día y noche. Acaban en la droga, en la prostitución, en las cárceles.

Hay cristianos que nacen espiritualmente en las congregaciones locales y se apartan, y se pierden porque después de su bautismo nadie se ocupa de ellos. No se les equipa convenientemente para afrontar la batalla que se les presenta en el mundo que han abandonado.

Esto es equipar.

Perfeccionar a los santos puede hacerse de dos formas. Enseñar a los recién convertidos y exponerles «más exactamente el camino de Dios», como hicieron Priscila y Aquila con Apolos (Hechos 18:26). Esto es perfección doctrinal.

O proponer metas morales y espirituales más elevadas a quienes se inician en la vida cristiana. A una mujer de Samaria que tenía su propio código moral y adoraba a Dios a su manera, Cristo la invita al disfrute de una vida más elevada en ambos planos. «Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente que salte para vida eterna» (Juan 4:13-14).

El equipamiento o perfección de los santos tiene un móvil concreto, específico: «La edificación del cuerpo de Cristo».

### 2. Para el conocimiento de Cristo (v. 13)

**«Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios,  
a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.»**

Dos fines tienen en este versículo los dones dados por Dios a los cristianos.

Uno, conseguir que todos los miembros del Cuerpo lleguen a esa «unidad de fe» explicada en los versículos 3 al 6.

Otro, estimular a todos los cristianos a adquirir un conocimiento profundo de Cristo. Pablo no quiere que este conocimiento sea teórico, sino vital.

En la novela *El valle profundo*, de Steimbeck, un personaje femenino dice a su marido: «Llevo 30 años viviendo contigo y no te conozco».

¿Se puede vivir 30 años con una persona y no conocerla? ¡Indudable!

¿Se puede vivir 30 años asistiendo todos los domingos a la Iglesia y no tener un conocimiento íntimo de Cristo? ¡También!

Judas vivió tres años en íntima comunión con Cristo y nunca llegó a conocer al Hijo de Dios. De haber conocido el alma de Cristo no le habría entregado.

Tomás estuvo tres años con Cristo y cuando Jesús dice a los discípulos que Él se marcha, pero que ellos ya conocen el camino y el lugar al que se dirige, Tomás responde con ignorancia: «Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo, pues, podemos saber el camino?» (Juan 14:1-5).

Pedro consumió tres años de su vida, día y noche, en el círculo más íntimo de Jesús, guiando sus pasos por los pasos del Maestro, y cuando es denunciado por una mujer como amigo de Jesús, le responde: «Mujer, no lo conozco» (Lucas 22:57).

Felipe anduvo tres años tras las pisadas del Maestro, y al final de ese largo camino Jesús tiene que recriminarle con tristeza: «¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me has conocido, Felipe?» (Juan 14:9).

Vivimos en las Iglesias Cristianas sin conocer a Cristo.

Hemos convertido el Cristianismo en un sistema religioso. Hemos olvidado que el Cristianismo es Cristo.

La persona de Cristo.

El carácter de Cristo.

La vida de Cristo.

Los milagros de Cristo.

Las enseñanzas de Cristo.

Los sufrimientos de Cristo.

La muerte de Cristo.

La resurrección de Cristo.

La realidad celestial de Cristo.

El encuentro definitivo con Cristo.

La presencia eterna con Cristo.

Pablo tenía una sola pasión en su vida: conocer profundamente a Jesús. Dejarlo todo y seguir los pasos de Cristo «a fin de conocerle» (Filipenses 3:10).

### 3. Para el desarrollo de los cristianos (v. 14)

**«Para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error.»**

El anhelo de Cristo es la madurez espiritual de la Iglesia. Pero a este anhelo se opone la infancia espiritual de sus miembros.

Los dones espirituales impartidos a miembros del Cuerpo tienen como objetivo el desarrollo espiritual, evitar que los cristianos sean siempre niños fluctuantes.

La revista *People* contaba hace poco el caso de un joven llamado Patrick Scanlan. Vive en Londres con su madre y una hermana. Patrick tiene 21 años. Y sin embargo pesa 19 kilos y mide 88 centímetros. No es un enano. Es un enfermo. Sufre una enfermedad calificada en términos médicos como *Morquio's syndrome*. La enfermedad le impide crecer.

Hay cristianos que llevan 21 años en una congregación local y siguen siendo niños en la fe.

El niño es incapaz de adquirir un conocimiento profundo de Dios.

Cuando Samuel era niño y estaba en el templo con Elí, no podía distinguir entre la voz de Dios y la voz del sacerdote (1 Samuel 15:10-11).

A veces sabemos menos de Dios que los niños de la Escuela Dominical.

El 15 de mayo de 1987 murió la célebre actriz Rita Hayworth. Tenía 68 años. Llevaba 18 años atacada por la enfermedad de Alzheimer. Durante todo este tiempo fue cuidada amorosamente por su hija, la princesa Yasmina Khan. Siempre estuvo a su lado.

La enfermedad de Alzheimer es también conocida como demencia senil. La persona que la padece sufre trastornos de la memoria y de la orientación espacial. Las funciones cerebrales son afectadas y la capacidad intelectual disminuye notablemente.

Hay pacientes que no conocen a los familiares con quienes viven. Se desenvuelven en el círculo del hogar como si fueran niños.

Como niños hay que tratarlos.

Estadísticas actuales dicen que 100.000 norteamericanos mueren cada año a consecuencia de esta enfermedad.

En Estados Unidos hay tres millones de personas afectadas por demencia senil.

¿Cuántos alzheimer espirituales tenemos en las Iglesias?

¿Cuántos miembros que después de 10, 20 ó 30 años aún siguen hablando como niños, pensando como niños, juzgando como niños? (1 Corintios 13:11).

Este tipo de miembro carece de firmeza espiritual; es víctima de los nuevos vientos doctrinales y sucumbe a las estrategias de personas sin escrúpulos:

«Para que ya no seamos niños fluctuantes llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estrategia de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error» (Efesios 4:14).

Es incapaz de ingerir el alimento de la enseñanza sólida. Se estanca en un preescolar espiritual, vive su fe a nivel de «Kindergarten»:

«Os di a beber leche, y no vianda, porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía» (1 Corintios 3:2).

«Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño» (Hebreos 5:13).

La comunicación con estas personas es muy difícil. Al carecer de madurez, hay que tratarlas como si fueran niños en la edad y en la fe. Pablo los llama cristianos carnales:

«De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo» (1 Corintios 3:1).

#### 4. Para el crecimiento espiritual (v. 15)

El versículo anterior habla de desarrollo: En éste trata de crecimiento: «Crecamos en todo».

En el plano puramente biológico puede que la diferencia sea mínima o nula.

En el contexto de este pasaje la diferencia es esencial.

Por desarrollo espiritual se entiende un estado de madurez en el que la persona está en condiciones de distinguir entre la verdad y el error.

El crecimiento al que alude el versículo 15 tiene un blanco, una meta, un objetivo concreto: Cristo: «Crecamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, en Cristo».

Gálatas 5:4 ilustra admirablemente este principio. Escribiendo a miembros de la Iglesia en Galacia que se habían iniciado en Cristo y posteriormente vivían ceremonialmente sujetos a la Ley de Moisés, Pablo les dice: «De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis». La acusación de deslealtad es más rigurosa, más dura en la antigua versión española Reina-Valera: «Vacíos sois de Cristo los que por la ley os justificáis».

Pablo no estaba escribiendo a miembros débiles, a quienes en el versículo 14 llama «niños fluctuantes».

Los judaizantes de Galacia eran personas maduras, tanto en edad como en conocimiento de la Biblia.

Cumplían puntualmente las formalidades del culto.

Eran maestros, enseñaban a otros los principios de la religión.

Amaban a Dios.

No eran niños en la fe. Habían desarrollado en sabiduría religiosa, discernían inteligentemente entre lo espiritual y lo carnal. Pero no habían crecido «en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo».

Aquí tenemos la gran diferencia entre Cristianismo y Cristo.

Los miembros de las Iglesias pueden crecer en el conocimiento del Cristianismo, pueden llegar a ser grandes expositores de las verdades cristianas, y sin embargo pueden vivir vacíos de Cristo.

El Cristianismo sin Cristo es como un enorme campo de huesos con tendones, cubiertos de carne y de piel, pero sin espíritu, sin vida (Ezequiel 37:8).

El Cristianismo sin Cristo es como una higuera vestida de hojas verdes, pero sin un solo fruto (Mateo 21:19).

El Cristianismo sin Cristo es como una tumba de cementerio. Sobre la lápida está escrito un nombre vivo, pero la persona en el interior está muerta (Apocalipsis 3:1).

#### 5. Para la edificación en amor (v. 16)

Pablo concluye esta sección con un tema que le es querido, tratado en otras epístolas suyas: la edificación de los cristianos.

El apóstol concibe la Iglesia como un edificio en construcción, al que todos deben cooperar con sus dones espirituales.

El énfasis del versículo recae en la relación orgánica.

La cabeza del Cuerpo es Cristo. De ella toman vida los restantes miembros. Estos, en sentido personal e individual, han de ayudarse «mutuamente, según la actividad propia de cada miembro», es decir, según el don recibido del Cristo-Cabeza.

Este ser colectivo «recibe su crecimiento», va creciendo y desarrollando hasta alcanzar la meta señalada en el versículo 13: «La estatura de la plenitud de Cristo».

La unidad orgánica del Cuerpo tiene una finalidad concreta: «Ir edificándose en amor»

Para esto nos ha dado Cristo los dones espirituales. Para que los utilicemos en edificar a otros miembros de la Iglesia. Pero en amor. Hemos de edificar en amor, con amor.

Tengo en mi biblioteca particular dos importantes enciclopedias: La Enciclopedia Francesa de Diderot-D'Alembert, del siglo XVIII, en 18 tomos, y la Enciclopedia Británica, edición 1980, en 30 tomos.

La Enciclopedia Francesa dedica 9 páginas a la palabra *amor* y ni una sola línea a la palabra átomo.

La Enciclopedia Británica dedica 22 páginas a la palabra átomo y ni una sola línea a la palabra amor.

En cuestión de dos siglos el amor ha desaparecido de las enciclopedias.

¿Habrá desaparecido también de nuestras vidas?

¿Habrá desaparecido de nuestras Iglesias?

Carlos Marx, inspirándose en los antiguos filósofos griegos, especialmente Demócrito y Epicuro, decía que el ser humano no tiene alma ni espíritu. Que todo él está compuesto de átomos materiales.

¿Será verdad?

¿Estaremos perdiendo los grandes valores espirituales, con el amor a la cabeza de todos, y estaremos reduciendo nuestra imagen divina al átomo?

Juan dice que quien no ama es ateo: «El que no ama, no ha conocido a Dios. Porque Dios es amor» (1 Juan 4:8).

## CONCLUSIÓN

Salomón dice que «es don de Dios que todo hombre coma y beba» (Eclesiastés 3:13).

Estas son funciones puramente materiales. Los animales también comen y beben. El hombre cristiano debe tener otras aspiraciones en la vida.

Debe anhelar «dones mejores» (1 Corintios 12:31). Ha de procurar «los dones espirituales» (1 Corintios 14:1). Y una vez en posesión de estos dones, ha de emplearlos «para edificación de la Iglesia» (1 Corintios 14:12), «a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio» (Efesios 4:12).

Introduce esta conferencia hablando de la invasión de Francia en la última guerra mundial. El general jefe de aquel ejército, Dwight Eisenhower, fue un hombre de muchos dones. Naturales y adquiridos. Pero cerca de él había siempre un joven corneta que transmitía las órdenes a través de la trompeta. Posiblemente era lo único que sabía hacer, sería su único don, pero lo ponía al servicio de la misma causa.

En la segunda carta que Pablo escribe a su discípulo Timoteo, le dice: «Te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti» (2 Timoteo 1:6).

El sustantivo *don* está aquí en singular. ¿Quiere esto decir que Timoteo tenía un solo don? ¡Difícil de creer!

De haber sido así, supo negociarlo para su Señor, pues la vida de Timoteo, hasta su muerte en Roma, como se cree, estuvo llena de actividades evangelísticas.

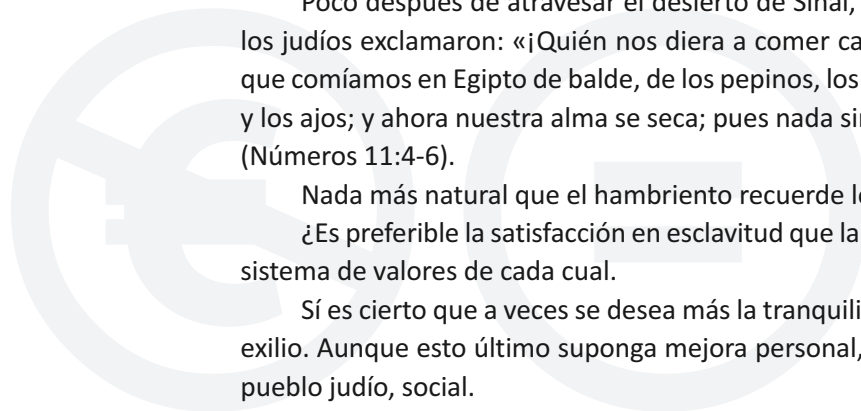
Cuando David se dispuso a enfrentarse al gigante Goliat, el rey Saúl lo vistió «con sus ropas, y puso sobre su cabeza un casco de bronce, y le armó con una coraza» (1 Samuel 17:38). Aquello era demasiado para el joven pastor. Él tenía suficiente con su honda y una piedra.

A veces quieren señalamos cometidos y atribuimos funciones para las que no servimos. Y fracasamos, claro. Hemos de utilizar nuestros propios dones aunque sean pequeños como una piedra, rústicos como una honda. Pero que sean nuestros. Si sólo poseemos un don pero estamos convencidos que es de Dios, puede llegar a ser de gran valor y prestar un alto servicio a la Iglesia.

En el Estado de Massachussets hay un pequeño pueblo llamado Concord. No llega a los 50.000 habitantes. Pero es uno de los centros culturales más importantes del país. Allí vivió Louisa May Alcott, autora de novelas tan célebres como *Mujercitas*,

*Hombrecitos* y otras. El padre de esta autora, Amos Brouson Alcott, fundó en Concord una Escuela de Filosofía. En Concord vivió el naturalista Henry D. Thoreau y el escultor Daniel Chester French. En Concord vivió y murió el célebre filósofo Ralph Waldo Emerson. El himno *Concord Hymn*, escrito por Emerson, inmortalizó la ciudad. El prestigio de este pueblo en la cultura americana es un símbolo del valor que tienen las cosas pequeñas. La voz de Emerson se oye en toda la tierra. La moral que allí se enseñó invadió todos los Estados de la Unión norteamericana.

Un solo don de Dios puede revolucionar la vida de la congregación local e influir en la restauración de la Iglesia en todo el mundo.



## Tercera parte

# Cristianos en conflicto

La marcha de los israelitas a través del desierto, en viaje de Egipto a Canaán, estuvo llena de dificultades. El hambre del pueblo fue motivo de constantes murmuraciones.

Poco después de atravesar el desierto de Sinaí, llorando de deseo y de nostalgia, los judíos exclamaron: «¡Quién nos diera a comer carne! Nos acordamos del pescado que comíamos en Egipto de balde, de los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos; y ahora nuestra alma se seca; pues nada sino este maná ven nuestros ojos!» (Números 11:4-6).

Nada más natural que el hambriento recuerde los tiempos de hartura.

¿Es preferible la satisfacción en esclavitud que la penuria en libertad? Depende del sistema de valores de cada cual.

Sí es cierto que a veces se desea más la tranquilidad del hogar que las luchas en el exilio. Aunque esto último suponga mejora personal, o familiar o, como en el caso del pueblo judío, social.

Pero no se hacen grandes cosas sin grandes fatigas.

En Efesios 6:1-9 Pablo ha tratado de los deberes familiares. Ahora pasa bruscamente de la tranquilidad del hogar a la lucha contra poderosos enemigos exteriores.

Nos lleva del refugio al desierto.

De la intimidad a la intemperie.

De la confortable llama que calienta al fuego que abrasa. Dice que la vida del cristiano es lucha constante. El enemigo es muy fuerte. Vigila. Acecha. Ataca por todas partes.

La epístola termina con una exhortación a la lucha. Hay que vencer. Las fuerzas vendrán del Dios que nos dice: «No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes,

porque yo soy tu Dios que te refuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia» (Isaías 41:10).

## Capítulo I

# Naturaleza de la lucha

Pablo habla frecuentemente de la vida cristiana como un conflicto, pero sólo aquí nombra a los oponentes. ¡Y qué oponentes!

### 1. Poderes diabólicos (v. 11)

La lucha del cristiano es, primeramente, «contra las asechanzas del Diablo».

Al Diablo se le presenta en el tercer capítulo de la Biblia con estas palabras: «La serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho» (Génesis 3:1).

Y tres capítulos antes de terminar, la Biblia describe su fin: «El Diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre» (Apocalipsis 20:10).

Entre Génesis y Apocalipsis el libro de Dios traza la biografía del Diablo, define su poder y narra su influencia en las vidas de hombres y mujeres que desfilan por las páginas del libro inspirado.

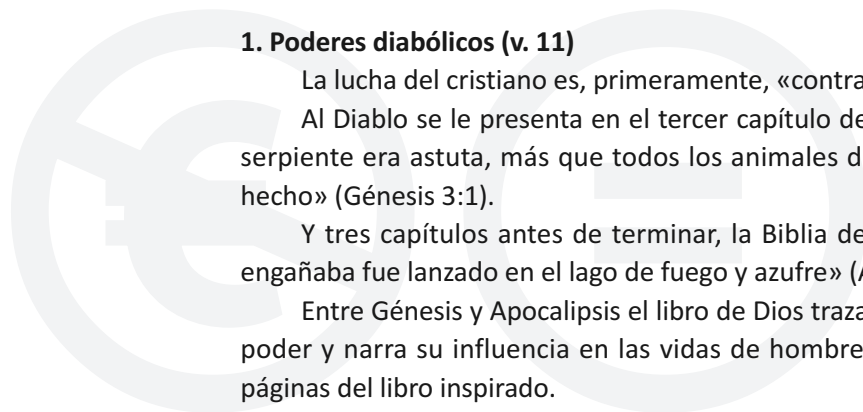
Nuestra época está conociendo un resurgimiento del culto al Diablo.

No ya entre las religiones animistas de los pueblos africanos, sino en nuestro Occidente supuestamente civilizado.

Europa huele a azufre. En París, capital de la luz y de la inteligencia, existen unos 100 centros dedicados a adorar al Diablo.

En Londres y en Hamburgo, en Barcelona y en Estocolmo, las sectas satánicas están organizadas como si fueran parroquias católicas.

El centro europeo del satanismo está en Italia, principalmente en ciudades del Norte tales como Turín, Milán, Florencia, Roma, etc. En octubre de 1988 se celebró en Turín un Congreso mundial sobre el Diablo. Acudieron adoradores del Diablo de todos los lugares del mundo.





Richard Woods, profesor de filosofía en la Universidad de Loyola, en Chicago, dice que en Estados Unidos hay unas 400 sectas dedicadas a adorar al Diablo. Sólo en Nueva York existen unas 500 «congregaciones locales» donde se tributa culto al Diablo.

El cine ha popularizado la figura del Diablo en este país. Películas como *El Exorcista* y *Rose Mary's Baby* han difundido la imagen del Diablo por todas las pantallas cinematográficas del mundo.

Aún sigue encarcelado en California el tristemente famoso Charles Manson. Sumo sacerdote de una secta satánica, Manson ordenó en agosto de 1969 la matanza de nueve personas en Los Ángeles, entre ellas Sharon Tate, casada con Roman Polanski. Sharon Tate estaba embarazada de ocho meses.

Lo triste de estas sectas satánicas es que sus miembros no toman en serio al Diablo.

No creen en Dios y tampoco en el Diablo.

Por esta razón juegan con él.

El Diablo de la Biblia nada tiene que ver con esos personajes repulsivos de litografía católica, ni con las figuras grotescas inventadas por los practicantes de la magia negra y la magia blanca.

El Diablo de la Biblia es un ser personal, como Dios; real, como Dios; invisible, como Dios. Dios es todopoderoso, pero poderoso es también el Diablo.

Para no asustar al cristiano el Diablo «se disfraza como ángel de luz» (2 Corintios 11:14).

¿Qué quiere decir esto? ¿Se refiere Pablo literalmente a un ángel luminoso? ¿Quién ha visto a un ángel? ¿Se aparecen los ángeles a los hombres de hoy?

Probablemente un ángel de luz nos causaría tanto espanto como un Diablo vestido de negro.

El Diablo se disfraza de ángel de luz cuando somos seducidos por personas a quienes creemos integras o cuando somos arrastrados a situaciones que consideramos legítimas y en las que no vemos peligro alguno para la fe.

El Diablo plantea su lucha contra nosotros por medio de tentaciones constantes. Pablo lo advierte así a los miembros de la Iglesia en Tesalónica: «Por lo cual también yo, no pudiendo soportar más, envié para informarme de vuestra fe, no sea que os hubiese tentado el tentador, y que nuestro trabajo resultase en vano» (1 Tesalonicenses 3:5).

El Diablo surge en torno a nosotros con la fuerza de un león, pero sin que oigamos sus rugidos (1 Pedro 5:8). Zarandea nuestra vida espiritual como el agricultor zarandea el trigo (Lucas 22:31). Y ciega nuestro entendimiento para apagar en nosotros la luz del Evangelio de Cristo (2 Corintios 4:4).

Contra este personaje maléfico hemos de mantener una lucha constante. Como dice el himno del Ejército de Salvación:

## 2. Poderes ultraterrenos (v. 12)

La lucha del cristiano no es contra un solo personaje infernal, sino contra toda una milicia demoniaca.

No luchamos contra el jefe monstruoso de un ejército; lo hacemos contra cada soldado de ese ejército endiablado. Así nos lo advierte el apóstol: «*Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes*» (Efesios 6:12).

La lucha que sostuvieron David y Goliat en el valle de Ela nos ha parecido siempre desproporcionada, desigual. Un gigante de casi tres metros de estatura, protegido por una coraza que pesaba 66 kilos, contra un adolescente inexperto y desarmado.

Con todo, eran dos seres humanos.

La lucha que el cristiano sostiene hoy no es «contra sangre y carne». Es decir, no es contra naturaleza humana semejante a la propia.

No es la lucha de un cuerpo contra otro cuerpo, como ocurre entre dos boxeadores.

Es la lucha de un cuerpo físico contra muchos poderes espirituales.

La lucha de un ser visible contra potencias invisibles.

La lucha de una criatura débil contra sujetos prepotentes.

¡Ay de nosotros, que somos muertos!

La lista que Pablo da de las potencias angélicas malas no es, ni pretende serlo, exhaustiva.

Las «huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» es una clara referencia a «los ángeles que pecaron» (2 Pedro 2:4) juntamente con Satanás. «A los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada» (Judas 6).

Los ángeles fueron creados sublimes, con misiones específicas en la creación de Dios. Al rebelarse contra el Creador, fueron arrojados del cielo. Por los textos de Pedro y de Judas podría deducirse que éstos ángeles caídos, que viven «en prisiones de oscuridad», están inactivos.

¡Ojalá fuera así!

La vida para el cristiano sería entonces mucho más fácil. Están constituidos en «principados», «potestades», gobiernan el mundo de tinieblas espirituales, reinan sobre los hombres que no obedecen a Dios y mantienen una constante lucha con los cristianos.

El éxito de esta lucha se evidencia en congregaciones locales donde sus miembros muestran un comportamiento «terrenal, animal, diabólico» (Santiago 3:15).

Sólo una vez, en toda la Biblia, se cuenta la lucha de un ser humano con un ángel del cielo. Fue una lucha misteriosa y prolongada. Jacob, solo, luchó con el ángel de Dios «hasta que rayaba el alba».

Aquél era un ángel bueno, enviado por Jehová; sin embargo, Jacob acabó la lucha con un muslo descoyuntado (Génesis 32:22-32).

En nuestras luchas contra acabamos con el alma descoyuntada, con el espíritu deshecho, con la fe destrozada. Por esto la advertencia del apóstol Pedro: «Sed sobrios y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devore» (1 Pedro 4:8).

## Capítulo II

# Disposición para la lucha (vv. 10, 11, 13, 14)

En los versículos 14 al 18 Pablo enumera las distintas piezas de la armadura con la que el cristiano ha de enfrentarse al Diablo. Pero anticipa un hecho imprescindible en la batalla: La disposición anímica del guerrero.

El orden cronológico es lógico.

Antes de que David probara en su cuerpo la armadura que le ofreció Saúl, dijo al rey: (1 Samuel 17:32).

Las palabras de David revelan confianza en sí mismo, determinación de ir al combate, disposición de lucha. Cuando estuvo ante el enemigo le gritó el secreto de su fe: (1 Samuel 17:45).

Disponer el cuerpo para la lucha es importante. Pero lo es más ordenar las fuerzas interiores y proyectarlas con determinación hacia el objetivo.

Para salir victoriosos en nuestros conflictos espirituales Pablo recomienda cuatro procedimientos.

### 1. Fortaleza (v. 10)

*«Fortaleces en el Señor, y en el poder de su fuerza»*

La naturaleza de la lucha contra las potencias malignas es tan fuerte, que el cristiano necesita amparar su debilidad en la fortaleza del Señor.

La expresión «poder de su fuerza» puede parecer una repetición de conceptos, porque los sustantivos «poder» y «fuerza» son equivalentes. La lección que Pablo

quiere inculcarnos es que el Señor constituye la única fuente de poder para el cristiano.

En Estados Unidos hay cuatro tipos de profesionales que tienen mucha clientela. Dos son seculares y otros dos religiosos. El psiquiatra, el psicólogo, el sacerdote católico y el «consejero» de las Iglesias evangélicas y de la Iglesia de Cristo. Las personas con crisis vitales acuden al que más cuadra con sus creencias. Los que no son religiosos van al psiquiatra o al psicólogo. Los religiosos van al sacerdote católico o al «consejero» evangélico. En el fondo todos buscan lo mismo: ayuda para vencer las crisis personales.

Pero ¿qué ayuda puede dar un niño a otro niño?

¿Qué fuerzas puede transmitir un débil a otro débil?

¿Qué alientos puede proporcionar un vencido a otro vencido?

Es como el ciego que se empeña en guiar a otro ciego: Ambos acaban en el hoyo.

«Fortaleceos en el Señor.» No hay otro tan fuerte como Él.

## 2. Vestuario (v. 11)

En su obra *Los desnudos y los muertos*, el escritor y director norteamericano Norman Mailer dice que las personas desnudas son a veces tan indefensas como las muertas.

El cine ha proyectado imágenes de hombres y mujeres desnudos en el cuarto de baño, en el dormitorio, en barracones militares, etc., que han muerto tiroteados porque no han tenido tiempo para vestirse y huir.

Sin Dios estamos como desnudos frente a los ataques del maligno.

Desnudos somos impotentes, inútiles, débiles ante sus dardos de fuego y azufre.

El apóstol lo sabe. Lo ha experimentado en carne propia. Por ello aconseja: «Vestíos de toda la armadura de Dios».

¿Y cuál es la armadura de Dios?

Dios mismo.

La fortaleza de Dios.

El poder de Dios.

El amor de Dios.

La vida de Dios.

Los buzos cubren su cuerpo con una escafandra que los protege del agua.

Están en el fondo del océano, en las entrañas del mar inmenso, y ni una sola gota de agua toca sus cuerpos.

Para que los ataques del Diablo no hieran nuestras carnes en este mar de la vida o en esta vida a veces convertida en mar furioso, hemos de ponernos la escafandra de Dios, la vestidura de Dios, el manto milagroso de Elías (1 Reyes 19:19), el manto de salvación de Cristo (Mateo 9:21).

## 3. Celeridad (v. 13)

En el versículo 13 Pablo vuelve al tema del 11. Repite lo que puede interpretarse como consejo, advertencia o admonición: «Tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo».

La frase es introducida con un imperativo:

«*Tomad*». El mismo verbo se conjuga en tono categórico en los versículos siguientes:

«*Tomad* el escudo de la fe» (v. 16).

«*Tomad* el yelmo de la salvación» (v. 17).

¿Puede deducirse alguna lección espiritual del giro gramatical que Pablo da al verbo «*tomar*»?

Creemos que sí.

Porque el lenguaje autoritario del texto sugiere celeridad, prontitud, urgencia. Como si dijera: «El enemigo de vuestras almas acecha constantemente. No descuidéis la defensa. No seáis perezosos en la lucha. No os confiéis a la inercia. Combatid».

Tengo un amigo en Texas llamado Randy Becton. Hace años los médicos detectaron un cáncer en su cuerpo. Inmediatamente se sometió a un tratamiento fuerte en Houston. Aún vive y trabaja de 8 a 10 horas diarias.

Tenía una amiga en Madrid llamada María Ángeles Fernández. Joven. Con cuatro hijos. Los médicos le detectaron cáncer en los huesos. El marido, un hombre alcohólico, no le dio importancia. Cuando empeoró la llevó a un hospital. Era tarde. Murió poco después.

La enfermedad hay que atacarla en cuanto surge. Desde el principio. Rápidamente. Con el Diablo hay que hacer lo mismo. No se le puede dar tregua.

La lucha del ser humano en la vida empieza desde el instante del nacimiento. Con el primer llanto. Las lágrimas del recién nacido son una forma de lucha. Protesta porque tiene hambre o porque algo no funciona debidamente en su organismo. Aún no puede hablar, no puede quejarse, pero las demostraciones de lucha incipiente son evidentes.

Cuando la voz del Padre se dejó oír en la comarca del Jordán diciendo «este es mi Hijo amado» (Mateo 3:17), entró en escena el Diablo. Inmediatamente después del bautismo de Jesús, «vino el tentador» con sus tentaciones (Mateo 4:3).

Para vivir una vida cristiana victoriosa hay que *tomar* desde el instante mismo de nuestro renacimiento espiritual. En cuanto procedemos a cambiarnos la ropa utilizada en el bautismo. Posponer la lucha puede ser suicida.

#### 4. Firmeza (13-14)

La cuarta condición en el ánimo del cristiano que se dispone a vestir la armadura de Dios para luchar contra las potencias de maldad es la firmeza.

A fin de que comprendamos la importancia de esta disposición, Pablo repite el consejo tres veces en el breve espacio literario: «Estar firmes contra las asechanzas del Diablo» (v. 11). «Estar firmes» (v. 13). «Estad, pues, firmes» (v. 14). En los dos primeros textos el verbo está en pasivo. El lenguaje del tercero es imperioso, queriéndonos decir que la firmeza espiritual es absolutamente necesaria en la lucha contra el Diablo y sus demonios.

A Pablo le preocupaba mucho este tema. En todas sus epístolas, desde Romanos a Tito, recomienda la firmeza. Sus exhortaciones pueden resumirse en este texto de 1 Corintios 16:13: «Velad, estad firmes en la fe; portaos varonilmente, y esforzaos».

Las primeras pirámides de Egipto empezaron a construirse 2.600 años antes de Cristo. Aún siguen firmes, mirando al cielo.

Unos 500 años antes de Cristo se echaron los cimientos del primer tramo de las murallas chinas, y ahí están, para asombro y admiración del turismo internacional.

El Taj-Majal, el célebre monumento indio, expresión sublime del amor de un hombre, lleva cuatro siglos fascinando al mundo desde su pedestal de mármol.

La otra cara de la moneda: El 19 de septiembre de 1985 se desencadenó en la capital de México un violento terremoto. Murieron más de 4.000 personas. Los grandes

edificios de la ciudad, construidos todos en el curso de los últimos 50 años, se desmoronaron como castillos de naipes.

¿Qué motivó este derrumbamiento y qué motiva la permanencia de los tres monumentos mencionados?

¡Los fundamentos, los fundamentos!

Las pirámides, las murallas y el Taj-Majal fueron construidos sobre unas bases firmes. Los edificios de México descansaban sobre unos cimientos débiles.

Este pensamiento nos lleva a la parábola contada por Jesús y recogida por Mateo el apóstol: «Un hombre prudente edificó su casa sobre la roca. Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca... Un hombre insensato edificó su casa sobre la arena. Y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina» (Mateo 7:24-27).

¡Estad firmes en la fe de Cristo para que las embestidas del Diablo no arruinen vuestra vida espiritual! Está escrito: «La casa de los justos permanecerá firme» (Proverbios 12:7).

## Capítulo III

# Armas para la lucha (vv. 14-20)

Lo hemos dicho: Primero es la disposición de ánimo. Después, la armadura para el cuerpo.

En la tercera división de este texto Pablo ofrece una lista –incompleta, pero suficiente– de las piezas que contiene la armadura cristiana.

Algunos comentaristas de la epístola a los Efesios creen que Pablo inspiró este pasaje en la armadura que vestían los pretorianos –soldados romanos de la guardia del pretor y, posteriormente, el emperador– que vigilaban la casa donde vivió durante dos años en Roma y en la que redactó la carta a los Efesios.

La sugerencia no es descabellada. De todas formas, un hombre del bagaje cultural que poseía Pablo conocerla de sobra –aun sin verla– la armadura del soldado romano. En textos de epístolas escritas años antes Pablo emplea idénticas imágenes (1 Tesalonicenses 5:8; 2 Corintios 6:7, etc.).

Pablo utiliza seis metáforas extraídas de la armadura del soldado romano. En su aplicación a las luchas del cristiano recurre a pensamientos de los profetas hebreos. A la armadura añade una séptima pieza, muy especial, única, tan poderosa como todas las anteriores, desconocida por los pretorianos: la oración.

Si queremos salir victoriosos en nuestra lucha contra el Diablo hemos de vestir la armadura de Dios de la cabeza a los pies, sin dejar al descubierto ninguna parte vital del cuerpo.

### 1. Lomos de verdad (v. 14)

**«Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad.»**

La primera referencia es a la túnica del soldado, sujeta al cuerpo mediante un cinturón de cuero. Puede que la figura sea un reflejo de Isaías 11:5: «Será la justicia cinto de sus lomos, y la fidelidad ceñidor de su cintura».

¿Qué papel juega la verdad en la lucha que sostenemos contra el Diablo?

Al Diablo no podemos andarle con mentiras, porque nos lleva ventaja. Cristo dijo de él que «cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira» (Juan 8:44).

Al Diablo hemos de combatirlo con la verdad de Dios. Los cristianos hemos sido engendrados por la palabra de verdad (Juan 1:12-13 y 17:17). Y la verdad debe dirigir toda nuestra vida espiritual: «Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad (1 Juan 1:6).

En la primera parte de *Enrique IV*, Acto III, escena primera, Shakespeare hace decir a Hotspur: «Yo puedo enseñarte, primo, a avergonzar al diablo diciendo la verdad». «Decid la verdad y avergonzaréis al diablo.» Si tú tienes el poder de evocarlo, condúcelo aquí, y yo te juro que tendré el poder de despacharlo abochornado. ¡Oh! Mientras viváis, «decid la verdad y avergonzad al diablo».

### 2. Coraza de justicia (v. 14)

**«Y vestidos con la coraza de justicia.»**

La coraza del soldado romano estaba formada con láminas de bronce. Se colocaba encima de la túnica, apretada en el cuerpo. Protegía al mismo tiempo el pecho y la espalda. En la lucha cuerpo a cuerpo la coraza impedía la lesión de órganos vitales como el pulmón y el corazón.

Al igual que la anterior, esta segunda metáfora parece inspirada en el profeta Isaías, cuyos escritos conocía muy bien el apóstol Pablo. En 59:17, Isaías dice: «De justicia se vistió como de una coraza, con yelmo de salvación en su cabeza».

El profesor de teología Juan Leal dice que el término justicia utilizado por Pablo en este texto «no se puede restringir a la justicia de los griegos, en el sentido jurídico de dar a cada uno lo suyo».

Tampoco puede entenderse como la justicia de Dios, atributo por el cual premia o castiga a cada uno según sus merecimientos.

Teniendo en cuenta la enseñanza general del capítulo, la palabra justicia ha de ser interpretada en sentido ético, el que tiene en otros dos versículos de esta misma epístola (4:24 y 5:9).

«La coraza de justicia», referida a la lucha constante del cristiano contra su enemigo el Diablo, es la vida consagrada de Dios, porque el nuevo hombre en Cristo ha sido «creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad» (Efesios 4:24).

En el capítulo 13 de los Hechos de los Apóstoles se cuenta una historia que ilustra lo que venimos explicando. Recorriendo la isla de Chipre, Pablo y Bernabé llegan a una ciudad llamada Pafos. Un procónsul romano de nombre Sergio Paulo, «varón prudente», oye con agrado el mensaje de los misioneros. Pero un mago próximo a él, Elimas, trata de apartar al procónsul de la fe. Fijando en el mago sus ojos, Pablo le grita: «¡Oh, lleno de todo engaño y de toda maldad, hijo del diablo, enemigo de toda justicia! ¿No cesarás de trastornar los caminos rectos del Señor?» (Hechos 13:10).

Éste es el Diablo. Un ser infernal, invisible y poderoso que trastorna los caminos de Dios y hace la guerra a sus hijos espirituales.

### 3. Pies calzados (v. 15)

**«Calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz.»**

El historiador judío Flavio Josefo, quien vivió y escribió en la misma época en que Pablo predicaba y mandaba epístolas a las Iglesias, dice que los soldados romanos utilizaban un calzado especial que les permitía moverse con agilidad en los campos de batalla. Esto lo cuenta en su libro *Antigüedades judaicas*, obra donde relata la historia del pueblo judío desde la creación del mundo hasta el año 12 del reinado de Nerón.

Más aún: Los éxitos guerreros de Alejandro y de Julio César se debieron, en gran parte, al hecho de que sus soldados «usaron zapatos militares que les hicieron posible cubrir largas distancias en períodos cortos», sorprendiendo a sus enemigos.

Esta tercera imagen no es del todo clara en su aplicación. «Apresto» se traduce por *preparación, celeridad, prontitud*. Tomando la frase en sentido objetivo se deduce el celo por la propagación del Evangelio.

Justificados por la fe en Jesucristo, los cristianos tenemos «paz para con Dios» (Romanos 5:1). La paz espiritual que inundó nuestra alma el día que recibimos el anuncio del Evangelio (Hechos 10:36). En justa correspondencia, hemos de ser rápidos en la transmisión del mensaje evangélico. Porque si los que corren en el estadio lo hacen para recibir una corona corruptible, nosotros, a quienes está reservada la corona incorruptible de gloria, hemos de correr con doble entusiasmo, la mirada puesta en la meta final y la esperanza en el premio de la eternidad (1 Corintios 9:24; 1 Pedro 5:4).

El escritor suizo Denis Rougement, en su libro titulado *La parte del Diablo*, dice: «Si os empeñáis seriamente en luchar contra el Diablo os voy a decir dónde podéis encontrarlo: en el banco de la Iglesia donde os sentáis el domingo».

El Diablo quiere que el cristiano limite toda su actividad religiosa al banco de la Iglesia. De esta forma sus pies están paralizados y él tiene la victoria asegurada.

### 4. Escudo de la fe (v. 16)

**«Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno.»**

Aquí tenemos un arma eminentemente defensiva.

El escudo del soldado romano era una pieza rectangular, grande. Media 1,25 cm. de alto y 0,75 de ancho. Parecido a la hoja de una puerta. La infantería ligera romana lo utilizaba en asaltos para parar golpes más violentos que los de una simple lucha cuerpo a cuerpo.

El escritor Juan Leal dice que «el escudo no servía para apagar los dardos incendiarios; solamente les hacía que cayeran a tierra».

Puesto que resulta difícil admitir en Pablo un error de comparación en el uso de metáforas, creemos que la explicación de William Hendriksen es más convincente que la anterior: al chocar los dardos contra los escudos dice «sus puntas se embotaban y sus llamas se extinguían».

En el lenguaje metafórico del Antiguo Testamento el escudo representa siempre la protección de Dios. El Señor dice a Abraham: «No temas, yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande» (Génesis 15:1). Cuando David ensalza el amparo de Dios utiliza la imagen del escudo: «Tú, Jehová, eres escudo alrededor de mí; mi gloria y el que levanta mi cabeza» (Salmo 3:3).

Este «maligno» –con artículo– al que se refiere Pablo es el Diablo. Los son los continuos ataques contra la vida espiritual del cristiano. Los dardos son muchos. Porque el Diablo, además de atacar por sí mismo, lo hace a través de esas huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (v. 12).

Christopher Marlowe, el célebre escritor inglés contemporáneo de Shakespeare, nos dejó un libro sobre el Diablo que se ha convertido en clásico de este tipo de literatura: *La trágica historia del doctor Fausto*. En la segunda escena de la obra Fausto pregunta a Mefistófeles quién es Lucifer. Entre ambos personajes se desarrolla el siguiente diálogo:

F. –¿Y no fue Lucifer ángel antaño?

M. –Sí, Fausto, y el más amado de Dios.

F. –¿Y cómo vino a ser príncipe del infierno?

M. –Por su ambicioso orgullo e insolencia, por lo que Dios le arrojó de la faz del cielo.

F. –¿Y qué sois los que vivís con Lucifer?

M. –Espíritus desgraciados que caímos con Lucifer, que luchamos contra Dios por Lucifer y que estamos condenados para siempre, como Lucifer.

F. –¿Dónde estáis condenados?

M. –En el infierno.

F. –¿Y cómo has salido del infierno?

M. –No he salido de él, porque esto es el infierno. ¿Piensas tú que yo, que vi la faz de Dios y gusté las eternas alegrías de los cielos, no estoy atormentado con diez mil infiernos al ser privado de aquella dicha perpetua?»

El Diablo y sus demonios conocen a Dios, pero están lejos de Dios. Su misión es apartar de Dios a los cristianos que viven, se mueven y son de Él.

La fe es un arma poderosa para salir victoriosos del combate. El apóstol Juan confirma el testimonio de Pablo: «Todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe» (1 Juan 5:4).

## 5. Yelmo de salvación (v. 17)

### «Tomad el yelmo de la salvación.»

Esta quinta pieza en la armadura del cristiano se menciona en Isaías 59:17, texto ya citado al tratar de la coraza.

El yelmo que utilizaba el soldado romano solía estar hecho de dos materiales diferentes: hierro o bronce. Este último era más común. También se fabricaban yelmos de cuero.

Generalmente, el yelmo era una pieza pesada. Se sostenía sobre los hombros y cubría totalmente la cabeza, protegiéndola de un posible golpe mortal. Llevaba una ranura horizontal para permitir la visión y unos pequeños agujeros laterales para la ventilación y la percepción de voces y sonidos.

Pablo aplica la imagen al cristiano. La salvación del cristiano es un yelmo protector contra los ataques del Diablo. En otra de sus epístolas identifica el yelmo «con la esperanza de salvación» (1 Tesalonicenses 5:8).

En opinión de Hendriksen, la diferencia no es importante, ya que la salvación es un hecho presente y a la vez una herencia futura.

¿En qué sentido podemos utilizar la salvación en nuestras luchas espirituales? ¿Acaso el Diablo no ataca a los salvados?

Aquí entramos en uno de los principios doctrinales más importantes del Nuevo Testamento, porque afecta a la salvación del alma.

Se enseña que un convertido puede perder la salvación. Y, efectivamente, hay textos en el Nuevo Testamento que parecen apoyar esta doctrina.

Ocurre con este tema lo que ocurre con la teoría de la evolución. Los evolucionistas dicen que el ser humano procede de una célula marina que saltó a tierra y evolucionó, pasando de formas simiescas a la forma humana.

Pero ¿en qué momento, en qué etapa de ese proceso evolutivo el mono deja de ser mono y se transforma en hombre dotado de razón, de sentimiento, de facultades?

¿Cuándo puede un cristiano perder la salvación? ¿A qué extremos de apostasía ha de llegar para que Dios en su justicia le quite la salvación que un día le dio en su gracia?

Hay predicadores que abusan de esta doctrina y el resultado son congregaciones compuestas por personas inseguras, que un día se creen salvas y al otro día no.

Estas personas son víctimas fáciles de los ataques del Diablo.

Lutero tuvo un sueño en el cual Satanás se le acercó con un rollo escrito por ambos lados. El mismo Satanás lo había escrito.

«—¿Qué es esto?, —preguntó Lutero.

—Esto —replicó Satán— es la lista de tus pecados.

Lutero examinó con mucho interés el documento y encontró ser muy cierta la respuesta de Satanás. Pecados que hacía mucho tiempo que Lutero había olvidado, estaban allí anotados. Tuvo que admitir su culpabilidad.

—Bien —contestó Lutero al fin—, ¿y es esto todo?

—¡Oh, no! —exclamó Satanás con majestad—. Todavía queda otro.

—Ve y traémelo —dijo Lutero.

Unos momentos después vino Satanás con otro rollo semejante al primero. De nuevo el gran reformador tuvo que enfrentarse con los pecados de su pasado.

—¿Es esto todo? —inquirió Lutero.

—No, todavía queda uno más.

—Ve, entonces, y traémelo también.

Muy pronto regresó el diablo con un tercer rollo, que Lutero examinó con interés.

—Sí —admitió él—, éstos son todos mis pecados. Todos los he cometido. ¿Quedan más todavía?

—No —repuso Satán lleno de júbilo—, estos son todos.

Tranquilamente Lutero se acercó a su escritorio y tomando una pluma la metió en un pomo de tinta roja, y cogiendo los rollos uno por uno, escribió victoriosamente, a través de los renglones, las siguientes palabras:

“La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpió de todo pecado”.

Con una mirada de desagrado y el rostro lleno de ira, el diablo se volvió y desapareció».

Utilizad el yelmo de vuestra salvación como un arma contra las dudas que el Diablo inyecte en vuestras mentes.

## 6. Espada del Espíritu (v. 17)

**«Y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios...»**

La túnica, la coraza, el calzado, el escudo y el yelmo eran instrumentos defensivos en la armadura del soldado romano. La espada, en cambio, era pieza que valía tanto para la defensa como para el ataque.

La espada es la más antigua arma de mano que fabricó el hombre. Primero fue hecha de bronce y posteriormente de hierro. Los romanos utilizaban una espada corta y ancha y otra de doble filo. De la imagen paulina no debe deducirse una espada larga, como la que suelen manejar profesionales de la esgrima. A lo sumo medía medio metro. Medida justa para ser manipulada con habilidad y rapidez. Los soldados las llevaban en una funda sujeta a la cintura. Con ella se esquivaba el golpe del enemigo o se le atravesaba el cuerpo.

La aplicación espiritual de esta metáfora es clara y no hay por qué complicarla buscándole sentidos al sustantivo *palabra*. En nuestra opinión se refiere a la palabra de Dios, esto es, al conjunto de la revelación inspirada.

Es cierto que cuando el apóstol Pablo escribió la carta a los Efesios el canon del Nuevo Testamento no se había completado aún. Pero seis siglos antes ya gritaba Jeremías: «¡Tierra, tierra!, tierra, oye palabra de Jehová» (Jeremías 22:29). Y el mismo profeta decía que la Palabra de Dios es «como fuego, como martillo que quebranta la piedra» (Jeremías 23:29).

Como espada, dice el apóstol Pablo. Y el autor de la epístola a los Hebreos añade: «La palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma, y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón» (Hebreos 4:12).



En este punto no hay que echar mano de ilustraciones extrabíblicas. El mejor ejemplo del uso de la Palabra para defendernos de los ataques del Diablo nos lo dio Cristo. En el monte de las tentaciones respondió tres veces a las insinuaciones del Diablo con una frase corta, pero rotunda, definitiva: «Escrito está» (Mateo 4:4, 7, 10).

De aquí podemos deducir otra lección. Cristo había pasado en el desierto 40 días con sus noches respectivas. Ayunando. Estaba físicamente débil. Muy débil. Y es entonces cuando el Diablo le ataca.

Hemos de fortalecernos en el conocimiento de la Palabra, en la lectura diaria de la Palabra, en el amor a la Palabra. Cuando nuestra relación con la Palabra de Dios es débil, el Diablo ataca con más fuerza. El Diablo y sus diablos.

¿Qué lugar tiene aquí el espíritu? ¿Por qué se llama a la Palabra de Dios «espada del espíritu»?

Porque fue dada por el Espíritu para guía del pueblo de Dios. «Los hombres de Dios» que fueron utilizados como instrumentos para materializar la revelación, «hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo» (2 Pedro 1:21).

En uno de mis viajes a Estados Unidos compré un libro titulado *Los rituales satánicos*. Está escrito por Anton Szandor La Vey, el sumo sacerdote del Diablo en América. El libro es complemento de *La Biblia satánica*, del mismo autor. En la página 149, donde se describe el culto al Diablo, el celebrante dice:

*Levántate, invoca el Nombre blasfemo,  
El Señor de Sodoma,  
El Dios de Caín;  
Gloria por siempre a la carne.*

Si esto dicen los adoradores del Diablo, los adoradores de Cristo hemos de responder:

*¡Levántate,  
Invoca el Nombre bendito,  
El Señor de Canaán,*

*El Dios de Abel;  
Gloria por siempre al Espíritu!*

## CONCLUSIÓN

«Cristianos en conflicto» es el título dado a este tema.

Los conflictos y las luchas interiores forman parte de nuestra andadura cristiana. «Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de dios», escribía Pablo (Hechos 14:22).

Franklin D. Roosevelt, un hombre que sabía mucho de sufrimientos, decía que la lucha hace fuerte al león, rápido al ciervo y sagaz al perro.

Estamos llamados a luchar hasta la victoria final. Lejos de desanimarnos, la lucha debe estimularnos, fortalecer nuestro carácter, templar nuestro ánimo.

El Everest es la montaña más alta del mundo. Situada en el Himalaya, en la frontera entre Nepal y el Tíbet, su cumbre más alta alcanza los 8.848 metros.

Los primeros intentos para escalar la cima del Everest se realizaron en 1921. Muchas personas murieron en sucesivas expediciones, que terminaron en fracaso. En 1950 el alpinista y explorador neozelandés Edmund P. Hillary declaró a los medios de comunicación: «El Everest está ahí y yo he de conquistarlo».

Tres años después, el 29 de mayo de 1953, acompañado del *sherpa* Tensing, Hillary alcanzó la cima del Everest. La primera persona en el mundo que pisó la cumbre de la famosa montaña.

La tierra prometida estaba delante de los judíos, pero tenían que conquistarla.

El cielo es nuestra meta, esta ahí, al alcance del alma regenerada por la sangre de Cristo, pero hemos de conquistarlo permaneciendo fieles hasta la muerte, en lucha constante contra el Diablo y contra «las huestes espirituales de maldad en los aires».

## Cuarta parte

# Una oración para todas las ocasiones

La epístola a los Efesios empieza y termina con el nombre de Jesucristo: «Pablo, apóstol de Jesucristo» (1:1). «La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo» (6:24).

Esta costumbre es habitual en Pablo.

Lo mismo ocurre en otras epístolas paulinas: Romanos, 1ª y 2ª a los Corintios, Gálatas, Filipenses, 1 y 2 Tesalonicenses, 2 Timoteo y Filemón.

¿Es pura casualidad?

¿No querrá decirnos el apóstol que Cristo debe ser el principio y el fin de la literatura?

Está haciendo mucha falta una literatura sana, bíblica, objetiva, en torno a Cristo.

Entre el siglo XVIII y XIX aparecieron las célebres *Vidas de Jesús*, escritas por el inglés Tom Paine, el francés Ernesto Renan, el ginebrino Juan Jacobo Rosseau y otros. Se estudiaba la persona de Jesús para negar su realidad histórica o para desmentir su divinidad.

Hoy no se producen obras de esta calidad literaria. Los libros que se publican en torno a Cristo son más superficiales y tienen un carácter esotérico, entre la novela insustancial y el ocultismo parapsicológico.

A modo de ilustración voy a citar ocho títulos, que, de disponer del suficiente espacio, podría multiplicar hasta 80 u 800, pues ya lo dice el refrán: «lo malo abunda».

*El Evangelio de Acuario de Jesús el Cristo* (Levi H. Dowling).

Pretende ser una transcripción de los *Registros acásicos*, donde se da cuenta de la actividad de Jesús en los de su vida.

*Jesús vivió y murió en Cachemira* (Andreas Faber-Kaiser).

Supuesta vida de Jesús. Dice que Jesús murió en la región de Cachemira, donde se afirma que está su tumba.

*Jesús el Judío* (Geza Vermes).

Presenta a Cristo como un simple profeta judío y le niega todo calificativo de Mesías o Dios.

*Jesucristo y el juego del amor* (Anthony Burgess).

Novela sobre Cristo, que también pretende cubrir sus «años oscuros o desconocidos», convirtiéndole en un hombre casado y posteriormente viudo.

*El Cristo desconocido del Hinduismo* (Raimundo Pánikkar).

Trata de incorporar la filosofía hinduista a las doctrinas cristianas.

*La verdadera historia de Jesús el Galileo* (Frederick L. Beynon).

Presenta una imagen puramente humana de Cristo, intentando contradecir todo cuanto dicen los Evangelios.

*El otro Jesús* (Robert O. Ballou).

Recoge narraciones apócrifas sobre la vida de Cristo y sus obras en la tierra.

*¿Escribió Jesús este libro?* (Charles F. Potter).

El autor insinúa que Cristo pudo haber escrito el llamado *Libro de los secretos de Enoc*.

*Jesús y los zelotes* (S.G.F. Brandon).

Interpreta la muerte de Jesús como un castigo por intento de sedición junto a los zelotes judíos.

¿Cuántos cristianos han leído una buena biografía de Cristo?

Hace 50 años tuvo lugar en Inglaterra una historia de amor que entonces parecía propia de la Edad Media. Eduardo VIII, hijo primogénito de Jorge V, fue elegido rey de Gran Bretaña el 20 de enero de 1936. El 10 de diciembre del mismo año presentó su dimisión y se le dio el título de duque de Windsor.

La razón de su dimisión fue una mujer. Renunció al trono porque estaba enamorado de una señora americana, dos veces divorciada, Wallis Warfield Simpson. Ni la realeza de Gran Bretaña ni la Iglesia anglicana aceptaban aquel matrimonio. Y el rey prefirió el amor al trono. La boda se celebró el 3 de junio de 1937.

Una periodista de Nueva York preguntó a la señora Simpson cómo se había enamorado del rey, y ésta respondió: «Me enamoré de él antes de conocerle. Cuando leí un libro en torno a su vida».

No se puede amar a un desconocido. Cuanto más conozcamos a Jesús más le amaremos. Y cuanto más sepamos de él más le conoceremos.

Cristo debe ser el principio y el final, el centro y la circunferencia de la literatura espiritual que nos alimente.

## Capítulo I

# Toda la armadura de Dios

Hecha la observación anterior, retomamos el tema central de este estudio.

### 1. Insuficiencia de la armadura

El versículo 18, con el que se inicia la lección de la última parte de la epístola a los Efesios, no es independiente del 17 ni extraño al tema de la armadura cristiana, que Pablo desarrolla desde el versículo 10.

El soldado romano gastaría bromas con sus compañeros o comentaría con ellos la eficacia del equipo protector mientras iba colocando sobre su cuerpo las distintas piezas.

Cuando el cristiano se dispone a luchar contra el enemigo de su alma sabe que los medios materiales no son suficientes. Porque la batalla es contra un enemigo que se mueve en el mundo del espíritu: «Contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (Efesios 6:12).

### 2. Necesidad de la oración

Muchos comentaristas de la Biblia hacen una división entre los versículos 17 y 18 del capítulo 6 de la epístola a los Efesios, exactamente donde Pablo termina de enumerar las diferentes partes de la armadura cristiana e inicia el tema de la oración.

Es un error.

Pablo no sigue una lógica humana, sino una realidad sobrenatural y profunda.

Para que las armas del cristiano sean eficaces necesitan una condición: Que vayan acompañadas de la oración al Señor.

Por muy armado que esté el soldado, por muy elevado que sea su espíritu de lucha, no dará un paso hacia el enemigo sin haber recibido antes órdenes de sus superiores.

El cristiano necesita la oración para comunicarse con el general en jefe del ejército cristiano. No tiene otra forma de hacerlo. David lo sabía y clamaba así: «Jehová Dios de los ejércitos, oye mi oración; escucha, oh Dios de Jacob. Mira, oh Dios, escudo nuestro. Y por los ojos en el rostro de tu ungido» (Salmo 84:8-9).

### 3. La oración, arma eficaz contra el Diablo

El Diablo puede deteriorar las vestiduras de verdad del cristiano.

Puede traspasar la coraza de justicia.

Puede paralizar los pies más veloces.

Puede agujerear el escudo con sus dardos de fuego.

Puede destruir el yelmo de la salvación.

Puede inutilizar la espada del espíritu con la misma Palabra de Dios.

Pero el Diablo carece de armas para enfrentarse a la oración.

Cuando el cristiano ora el Diablo huye.

John Bunyan, autor de *El progreso del peregrino*, dice: «La oración es un escudo al alma, un sacrificio a Dios, un castigo a Satanás».

Y William Cowper, otro excelente escritor y poeta inglés, autor del conocido himno *Dios se mueve por caminos misteriosos*, añade: «Satanás tiembla cuando ve al cristiano más débil de rodillas».

Santiago dice lo mismo con otras palabras: «Someteos a Dios; resistid al diablo y él huirá de vosotros» (Santiago 4:7).

La mejor manera de resistir los ataques del Diablo es sometiéndose a Dios a través de la oración.

## Capítulo II

# Oración multidimensional (v. 18)

En las altas matemáticas se emplea el término para designar un espacio de cuatro o más dimensiones.

En un texto que en castellano sólo tiene 25 palabras, Pablo habla de la importancia de la oración armonizando el adjetivo «todo» en cuatro direcciones espirituales.

### 1. Tiempo

#### «Orando en todo tiempo.»

El gerundio «orando» indica una actividad constante. Pero el sustantivo *tiempo* no tiene la misma connotación.

Aquí no se trata de orar constantemente, noche y día, como recomienda Pablo en 1 Tesalonicenses 5:17: «Orad sin cesar».

La construcción de la frase sugiere orar en todas las circunstancias, en cualquier circunstancia.

Santiago 5:14 dice: «¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la Iglesia y oren por él».

Son muy frecuentes las reuniones de oración en el templo o en las casas particulares para orar por cristianos enfermos.

¿Cuántas reuniones especiales se hacen para dar gracias a Dios por la salud de un hermano que nunca ha estado enfermo?

Oramos por los hermanos que pierden sus empleos.

¿Cuántas veces oramos agradeciendo a Dios los buenos empleos de otros hermanos?

Oramos por los hogares en crisis, por los matrimonios rotos. ¿Por qué no oramos con la misma frecuencia e intensidad por los hogares felices y por los matrimonios unidos?

Cuando las parejas contraen matrimonio prometen amarse «en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, en la juventud y en la vejez».

¿Oramos a Dios en las circunstancias favorables y en las circunstancias adversas?

El 23 de noviembre de 1983 fue un día negro para la paz mundial. Los representantes soviéticos abandonaron las conversaciones que se estaban llevando a cabo en Ginebra para el desarme atómico. Se vivieron días angustiosos. Surgieron las amenazas. La prensa americana dijo: «Estados Unidos puede destruir a la Unión Soviética en cuestión de minutos desde sus bases de Europa occidental».

La prensa soviética respondió: «La Unión Soviética puede destruir a Estados Unidos con proyectiles instalados en submarinos».

Ante la gravedad de la situación, el presidente Reagan declaró un día de oración en el país. Los habitantes de la Casa Blanca dieron ejemplo, reuniéndose ese día muy de mañana para orar.

En septiembre de 1987 el secretario de Estado norteamericano y el ministro soviético de Asuntos Exteriores Edward Shevardnadze firmaron en Washington un acuerdo de principio para eliminar los euromisiles. El mundo entero estalló en un aplauso de alegría.

Pero el presidente Reagan no declaró un día especial de oración para dar gracias a Dios por el acontecimiento.

En España decimos que nos acordamos de santa Bárbara cuando truena.

El cristiano debe orar «en todo tiempo».

## 2. Forma

**«Con toda oración y súplica en el Espíritu.»**

La naturaleza de la oración, a la vista del texto, ha de tener un carácter triple:

–Impetratoria

–Suplicante

–Espiritual

La oración impetratoria o de petición es la más frecuente en las páginas de la Biblia. Es el reflejo de las preocupaciones materiales y espirituales de los creyentes. Jesús dijo: «Pedid, y se os dará» (Lucas 11:9).

El cumplimiento anticipado de esta promesa lo tenemos en una de las oraciones más hermosas que registra la Biblia.

Eliezer, mayordomo de Abraham (Génesis 15:2), es enviado por el patriarca para que busque mujer para su hijo Isaac en tierra lejana.

Seguido por 10 camellos cargados de regalos para la novia y para sus familiares, Eliezer llegó a la ciudad de Nacor en Mesopotamia. Con un profundo sentido de la providencia divina, «hizo arrodillar los camellos fuera de la ciudad, junto a un pozo de agua, a la hora de la tarde, la hora en que salen las doncellas a por agua».

Luego pide a Dios que le muestre su voluntad en la elección de la joven. Ésta es una oración impetratoria: «Y dijo: Oh Jehová, Dios de mi señor Abraham, dame, te ruego, el tener hoy buen encuentro, y haz misericordia con mi señor Abraham» (Génesis 24:12).

La respuesta de Dios fue instantánea: «Y aconteció que antes que él acabase de hablar, he aquí Rebeca, que había nacido a Betuel, hijo de Milca, mujer de Nacor, hermano de Abraham, la cual salía con su cántaro sobre su hombro» (Génesis 24:15).

Agradecido por la rápida intervención de Dios, Eliezer «se inclinó y adoró a Jehová», y dijo: «Bendito sea Jehová, Dios de mi amo Abraham, que no apartó de mi amo su misericordia y su verdad, guiándome Jehová en el camino a casa de los hermanos de mi amo» (Génesis 24:27).

No obstante la rapidez con que fue contestada por Dios, la oración de Eliezer carecía de dramatismo.

Su atractivo para nosotros consiste en que se halla engastada como una perla en unos de los relatos más bellos del Antiguo Testamento.

Pablo añade que la oración ha de ser suplicante.

Suplicar es orar con humildad, con insistencia; volcar el corazón en la oración, cubrir de lágrimas el rostro; pedir con el alma traspasada por la pena, aflorando el dolor a la piel. Suplicar es extraer la angustia del fondo del ser y presentarla en el altar de la oración.

Ejemplos de oraciones suplicantes fueron la de Ana y la de Jesús.

La madre de Samuel suplicaba con tanto fervor que «hablaba en su corazón, y solamente se movían sus labios, y su voz no se oía». Era la oración de «una mujer atribulada de espíritu» (1 Samuel 1:13-15).

En el huerto de Getsemaní, Cristo ofrecía ««ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte» (Hebreos 5:7). «Estando en agonía, oraba más intensamente, y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra» (Lucas 22:44).

Suplicar es más que orar. Es arrodillar el alma. Abandonar la tierra, unir el momento terreno con el momento infinito.

Para que la oración sea escuchada por Dios ha de ser hecha, como dice Pablo, «en el Espíritu».

¿Qué significado tienen estas tres palabras?

Encierran una importante lección sobre la naturaleza de la oración.

Pronunciar un discurso corto o largo con los ojos cerrados en una reunión donde los demás están obligados a escuchar, no es precisamente orar.

Santiago dice que pedimos y no recibimos, porque pedimos mal (Santiago 4:3).

Los fariseos contemporáneos de Cristo solían hacer largas oraciones en público pensando «que por su palabrería serían oídos» (Mateo 6:7).

Un elevado porcentaje de las oraciones que se pronuncian en las iglesias es «como metal que resuena, o címbalo que retiñe» (1 Corintios 13:1), puro sonido vocal, sin más alcance que la esfera humana.

Orar en el Espíritu es dejar que el Espíritu Santo impregne nuestro corazón, nuestra mente y nuestros labios de la Palabra de Dios, para que oremos con los pensamientos de Dios. «El Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles» (Romanos 8:26).

### 3. Frecuencia

#### «Velando en ello con toda perseverancia...»

El verbo velar, puesto en gerundio para expresar continuidad en la acción, sugiere vigilancia, cautela, precaución.

En mis viajes por los hoteles de Estados Unidos he notado que en este país fabrican las camas cada vez más grandes. Antes eran *large size*, luego *king size*, y ya las hay *superking size*. Camas que tienen hasta dos metros de anchura. Uno puede dormir media noche en un lado de la cama y la otra media en otro lado.

Lo que se pretende con esto es la comodidad, el confort en el sueño.

Pero el Diablo no duerme. El Diablo no tiene cama. Ni grande ni pequeña.

El apóstol Pedro era consciente de este peligro. Escribiendo a los cristianos de su época les dice: «Sed sabios y velad en oración... velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar» (1 Pedro 4:7 y 5:8).

El 1 de abril de 1971 el teniente William Colley fue indultado por el presidente Nixon. Colley fue culpado de matar a 22 personas civiles en la aldea vietnamita de My Lai.

Pero la Prensa dijo muy poco de lo que ocurrió en esta aldea meses antes. Un soldado americano, que estaba de guardia en una pequeña guarnición, se quedó dormido a causa del agotamiento y el sueño. Los vietnamitas llegaron de noche y mataron a 17 soldados americanos.

¿Cuántos cristianos mueren espiritualmente porque los encargados de velar por su alma nos quedamos dormidos?

¡Qué responsabilidad la nuestra!

Perseverancia no significa solamente continuidad. También sugiere intensidad, vehemencia, profundidad en la oración.

Los hombres que iniciaron el avivamiento espiritual en Estados Unidos fueron ejemplos de cristianos dedicados a la oración. Describiendo los efectos del avivamiento que tuvo lugar entre 1800 y 1860, McGready dice: «En el Estado de Kentucky, las multitudes se reunían al aire libre en el verano y en los locales cerrados en el invierno y permanecían durante días y noches orando y escuchando la Palabra de Dios. Los

hombres se arrodillaban durante horas interminables o caían al suelo confesando sus pecados e implorando el perdón de Dios».

Stone, en su autobiografía, añade: «He visto a muchos creyentes caer al suelo en intensa agonía espiritual, pidiendo misericordia para sus hijos incrédulos, para sus hermanos, padres o simplemente conocidos. Los he visto llorando y gritando, pidiendo a Dios que los salvara de la condenación del mundo».

«Pídemelo—dice Dios— y te dará por herencia las naciones, y como posesión tuya los términos de la tierra» (Salmo 2:8).

#### 4. Magnitud

##### «Por todos los santos»

En el comentario que escribió a la epístola a los Efesios utilizando la de la Biblia, David Lipscomb dice que el conflicto sobre el que Pablo ha estado escribiendo no es simplemente un combate entre el cristiano como individuo y Satanás, sino también una guerra entre los hijos de Dios y los poderes de las tinieblas.

El soldado no considera que pelea para sí mismo. Lo hace al mismo tiempo para los demás soldados, para sus compañeros de lucha. En el campo de batalla no se siente individuo. Tiene conciencia de que forma parte de un ejército. El éxito de uno es el éxito de todos. La derrota de uno puede ser la derrota de todos.

Desde la epístola a los Romanos, donde habla de ir a Jerusalén «para administrar a los santos» (Romanos 15:25), hasta la epístola a Filemón, en la que alaba a su destinatario por haber «confortado los corazones de los santos» (Filemón 7), absolutamente en todas sus epístolas Pablo aplica el adjetivo «santo» a los cristianos, «los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios» (Juan 1:13), y forman un pueblo propio, especial, «celoso de buenas obras» (Tito 2:14).

¿Cuántos santos tiene Dios en el mundo? ¡Millones!

¿Oramos por ellos? ¡No conocemos sus nombres!

¿Y qué? ¿No podemos mencionarlos en nuestras oraciones así, como santos de Dios?

En las Naciones Unidas están representadas 162 naciones. Si orásemos cada día por los santos de un país, en medio año habríamos orado por todos. Si oráramos semanalmente por una nación, en poco más de tres años habríamos encomendado a Dios en oración a todos los santos de la tierra.

Pero ¿cómo vamos a orar por los santos del mundo si ni siquiera lo hacemos por los de nuestra propia Iglesia?

¿Cuántos santos hay en nuestra congregación? ¿Conocemos sus nombres? ¿Oramos por ellos? ¡Qué preguntas más impertinentes!

En la novela *Los niños*, de la escritora norteamericana Edith Wharton, el protagonista pregunta a un niño cómo son los demás niños de su escuela. Y el interrogado responde: «No sé, no los conozco; sólo conozco a los 4 que se sientan junto a mí».

¡Qué lección para nosotros!

Hemos despersonalizado las relaciones espirituales de tal manera, que en nuestras iglesias sólo conocemos a los que se sientan delante, detrás, a derecha o a izquierda del lugar que ocupamos en el banco.

La famosa actriz norteamericana Josephine Baker, naturalizada francesa y muerta en París en 1975, estableció en el suroeste de Francia un hogar para niños de diferentes nacionalidades, a los que ella misma adoptaba. Llegó a tener hasta 30. Un periodista francés la preguntó en una ocasión si los conocía bien a todos. Y la actriz respondió: «Naturalmente; los amo, por eso los conozco y oro a Dios por ellos».

Según la lección de Dios a Caín, somos guardas espirituales de nuestros hermanos. Si los amáramos trataríamos de conocerlos. Y al conocerlos oraríamos por ellos.

El profeta Samuel consideraba un pecado contra Dios el dejar de orar por el pueblo: «Lejos sea de mí que peque yo contra Jehová cesando de rogar por vosotros» (1 Samuel 12:23).

Tal debe ser la magnitud de nuestra oración. Que incluya y abrace a toda la creación espiritual de nuestro Padre Dios.

## Capítulo III

# Sujeto de la oración (vv. 19-20)

En los versículos 19 y 20 Pablo se incluye a sí mismo como sujeto de la oración.

¡Qué humildad!

¡Qué sabiduría!

¿Y por qué no? ¿Acaso no necesitaba el apóstol que orasen por él? Siempre, pero especialmente en aquella circunstancia dolorosa.

En la primera carta que escribió a los corintios les dijo que «el que piensa estar firme, mire que no caiga» (1 Corintios 10:12).

En Roma, desde donde escribió la epístola a los Efesios, Pablo seguía firme y fuerte en el espíritu –se advierte en el admirable talante espiritual de la carta– pero su cuerpo era débil. Y el cuerpo es también persona. Meditando en su propia situación pide a los cristianos de Éfeso que oren por él.

La personalidad del apóstol se desdobra aquí en tres facetas, que en el texto siguen este orden: testigo, prisionero, predicador.

### 1. Como testigo

**«Y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con desnudo el misterio del evangelio»** (Efesios 6:19).

Lo que Pablo llama aquí «misterio del evangelio» lo explica en los versículos 2 al 10 del capítulo 3 de la misma epístola. El largo texto puede ser resumido en la sentencia del versículo 8: «El evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo».

Misterio es algo que la mente humana no puede comprender.

Todo el contenido de la revelación es un misterio para el ateo.

Pero no lo es para el cristiano. Porque este misterio, «escondido desde los siglos en Dios», «ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu», para que sea dado «a conocer por medio de la Iglesia» (Efesios 3:9, 5, 10).

La Iglesia es testigo ante el mundo del misterio.

En la Iglesia no todos son pastores.

No todos son predicadores.

No todos son diáconos.

No todos ocupan cargos de responsabilidad.

Pero todos pueden ser y han de ser testigos. Testigos del misterio.

Porque testigo cristiano es todo aquel que ha nacido de nuevo en Cristo. Aquel que, apropiándose las palabras del apóstol Juan, puede decir: «Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al verbo de vida... eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros» (1 Juan 1:1-3).

La Iglesia es el Cuerpo místico de Cristo (Colosenses 1:18). Este Cuerpo, compuesto de muchos miembros, se reúne el primer día de la semana para adorar a Dios (Hechos 20:7). Pero ¿qué ocurre con el Cuerpo de lunes a sábado? Está diseminado en la sociedad secular: En los talleres, en las oficinas, en las fábricas, en los hogares, en las instituciones... ¿Funciona igual el Cuerpo fuera del local de culto que dentro de él?

¿Puede un cuerpo quedar paralizado de lunes a sábado y entrar en actividad sólo el domingo?

Si los cristianos diéramos «a conocer con desnudo el misterio del evangelio» mediante nuestro testimonio en la sociedad secular, el número de convertidos aumentaría extraordinariamente.

### 2. Como prisionero

«Por el cual soy embajador en cadenas.»

¡Sarcástico y mordaz este Pablo!

Un embajador, ¿no es un hombre libre? Ciertamente. Pero también un embajador puede ser encadenado. Pero sólo en circunstancias punibles.

Él ningún delito había cometido. Así lo manifestó ante los líderes de la sinagoga judía en Roma: «Yo, varones hermanos, no habiendo hecho nada contra el pueblo, ni



contra las costumbres de nuestros padres, he sido entregado preso desde Jerusalén en manos de los romanos, los cuales, habiéndome examinado, me querían soltar, por no haber en mí ninguna causa de muerte» (Hechos 28:17-18).

Inocente era, pero estaba preso.

¿Pedía Pablo a los efesios que oraran a su favor para ser libertado de sus prisiones?

No, no; nada de eso. Tan sólo les recuerda su situación de «embajador en cadenas», pero lo de su liberación física lo deja en las manos de Dios.

¡Qué gran lección para esas denominaciones evangélicas que hacen de la curación de enfermos un espectáculo de circo! ¡Que insisten en que el enfermo sea curado, ignorando si es o no es la voluntad de Dios, si Dios quiere que sane o quiere que muera!

En otra ocasión en que Pablo pidió a Dios que le curara la enfermedad que se supone padecía en la vista, el Señor le respondió: «¡Bástate mi gracia!» (2 Corintios 12:9).

Quienes tanto insisten en que los enfermos sean curados es que no les basta la gracia de Dios.

Quiere la gracia de Dios en el alma, como medio de salvación, y quieren la gracia de Dios en el cuerpo, viviéndola en plena salud.

A los santuarios católicos de Fátima y Lourdes, en Portugal y Francia, llegan semanalmente trenes y autobuses repletos de enfermos. No van buscando la gracia de Dios, ni siquiera la gracia de la Virgen a la que dicen adorar; van buscando nada más que la salud del cuerpo.

Son los hedonistas de la religión, los materialistas del espíritu.

Cierto que Dios puede curar a los enfermos y liberar a los presos. Verdad que hemos de orar a favor de los enfermos y de los presos, pero siempre remitiendo la causa a la voluntad de Dios. Diciendo, como el Hijo dijo al Padre: «No se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lucas 22:42).

Resulta totalmente ridículo querer curar a los enfermos mediante una oración a través de la televisión o la radio, como hacen algunos predicadores en Estados Unidos, cuando es posible que Dios necesite a esa persona tal como está, enferma. Y que no desee curarla, como no curó a Pablo, ni a Timoteo, ni a Tíquico, ni a tantos y tantos otros a quienes Él ha aleccionado y utilizado a través de la enfermedad.

Como se servía del «embajador en cadenas» en el corazón del imperio romano.

### 3. Como predicador

Dos veces emplea Pablo en este texto el sustantivo «denuedo».

Significa esfuerzo, valor, ánimo, osadía, resolución, etc.

Otras dos veces, en 1 Timoteo 2:7 y en 2 Timoteo 1:11, Pablo se define a sí mismo como predicador. De sus predicaciones habla Lucas en el libro de los Hechos y a ellas se refiere el propio apóstol en las epístolas que escribió.

Pablo pide a los efesios que oren por él. ¿Necesita un predicador las oraciones de los miembros de su Iglesia?

¡Claro! ¡Y de qué manera!

El predicador es persona humana. Y «lo que es nacido de la carne, carne es» (Juan 3:6).

En Cristo adquiere la naturaleza espiritual, pero la carnal no le abandona mientras vive. Y entre ambas se desarrolla una lucha íntima, dramática, constante, que hace exclamar al hombre de Dios con palabras de Pablo: «¡Miserable de mí!... Según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros» (Romanos 7:14-25).

El predicador es más propenso al cansancio que el médico, el ingeniero, el abogado, el ejecutivo, el obrero, el comerciante, etc. Porque su trabajo es con personas. Y los seres humanos son conflictivos. Incluso los cristianos. Crean en el seno de la congregación local problemas que desembocan inevitablemente en el predicador.

El capítulo 5 de Marcos cuenta la historia del endemoniado gadareno. Era «un hombre con un espíritu inmundo, que tenía su morada en los sepulcros, y nadie podía atarle, ni aun con cadenas».

Cuando Jesús lo curó, los espíritus inmundos del endemoniado entraron en un hato de cerdos que por allí andaban, «y el hato se precipitó en el mar por un despeñadero, y en el mar se ahogaron».

En realidad, la enfermedad del endemoniado no desapareció. Fue transmitida a los cerdos y éstos se despeñaron al mar.

Cuando un miembro de Iglesia acude a hablar con el predicador y después de la conversación regresa tranquilo a su hogar, ignora que el problema que le atenazaba no

desapareció, lo absorbió el predicador. Y si en el curso de un mes trata 50 problemas, la tentación de tirarse por un barranco es inevitable.

El cansancio humano de Moisés llega a extremos tales, que en un momento de exasperación dice a Dios: «¿Concebí yo a todo este pueblo? ¿Lo engendré yo, para que me digas: Llévalo en tu seno, como lleva la que creía al que mama, a la tierra de la cual juraste a sus padres?» (Números 11:12).

Y Pablo grita a los corintios: «¿Quién enferma y yo no enfermo?» (2 Corintios 11:29).

«Orando en todo tiempo», dice el apóstol; y añade: «Y por mí».

¿Cuántas veces al día horas por tu pastor?

¿Una vez a la semana, al mes?

No oramos por el pastor, ni por otros miembros de la congregación, porque en nuestro egoísmo nos hemos convertido en el centro de nosotros mismos. ¡Aunque ni tan siquiera por nosotros oramos!

La oración es la fuerza de la Iglesia. La energía espiritual que el predicador necesita.

Un día el famoso predicador Carlos Spurgeon andaba mostrando su gran templo a un grupo de visitantes. Después de conducirlos por la parte principal del edificio, les dijo: «Por favor, síganme para mostrarles ahora el sitio donde se encuentra la planta que provee calor y energía a toda la iglesia».

Los visitantes creyeron que se trataba de una maquinaria vieja y enmohecida, pero por respeto al predicador lo siguieron. Él los llevó a un gran salón, y al abrir la puerta de la entrada pudieron todos observar un grupo de personas reunidas orando por el predicador. «Esta —explicó Spurgeon— es la planta que provee de energía al predicador y a la iglesia.»

## Capítulo IV

### Efectos de la oración (vv. 21-29)

La epístola a los Efesios termina con un tono solemne. A las referencias personales de los versículos 21 y 22 —únicas en toda la carta— sigue la bendición final, que concluye, como en todas las epístolas de Pablo, con la voz *amén*.

Estos cuatro versículos nada tienen que ver con los tres grandes temas del capítulo 6: Las relaciones familiares, la armadura del cristiano y la oración. Pero descolgarlos del contexto y aparcarlos sin mención alguna sería injusticia homilética.

Puesto que todo escrito en la Biblia es para nuestra enseñanza (Romanos 15:4), y ninguna porción de la Escritura es de particular interpretación (2 Pedro 1:20), vamos a extraer de estos textos otras tres lecciones relacionadas con la oración. Más concretamente, con los efectos que la oración produce.

#### 1. Comunicación (vv. 21-22)

***«Para que también vosotros sepáis mis asuntos, y lo que hago, todo os lo hará saber Tíquico, hermano amado y fiel ministro en el Señor, el cual envié a vosotros para esto mismo, para que sepáis lo tocante a nosotros y que consuele vuestros corazones.»***

Tíquico fue *un* fiel colaborador del apóstol Pablo en el ministerio de la predicación. Era oriundo de Asia, probablemente de Éfeso. Acompañó al apóstol en algunas etapas de su tercer viaje misionero (Hechos 20:4), y estuvo con él en Roma (2 Timoteo 4:12). En la carta que escribe a Tito, Pablo promete enviado con un mensaje especial a

Creta (Tito 3:12). Se ignora si este propósito lo cumplió Tíquico o si, en su lugar, mandó a Artemas.

Fue Tíquico quien llevó a su destino las epístolas a los Colosenses y a los Efesios.

Aquí hace un encendido elogio del portador. Le llama «hermano amado y fiel ministro del Señor».

Esto revela el lugar que Tíquico ocupaba en el corazón de Pablo. El amor no puede ser impuesto. Tampoco se compra ni se vende, como dice la canción española. El amor ha de ser conquistado. Tíquico había sabido penetrar en el corazón de Pablo como penetra en el niño la canción de cuna.

Y aunque esto suponga descaminar el tema, ¡cuánto misterio encierra el amor! El francés Alfredo de Vigny decía que .

Pablo tenía razones poderosas para llamar a Tíquico «hermano amado». La más importante, sin duda, era la fidelidad espiritual de Tíquico y su total entrega al ministerio cristiano. Esto le había convertido en «fiel ministro del Señor».

Tíquico lleva a los efesios la carta que Pablo les ha escrito y noticias de viva voz sobre el estado de Pablo.

¿No es esto la oración? ¿No es correspondencia? ¿No enviamos una carta a Dios, corta o larga, cada vez que oramos? ¿No comunicamos con las personas que nos rodean cuando hablamos con Dios? Y al hacerlo, si oráramos propiamente, consolamos sus corazones. Orar es poner a disposición de nuestros hermanos las fuerzas del cielo.

## 2. Sentimiento (v. 23)

**«Paz sea a los hermanos, y amor con fe, de Dios Padre y del Señor Jesucristo.»**

El sentimiento es la parte afectiva del ser humano, por oposición a la razón.

Y sentimiento es lo que Pablo expresa en las tres líneas del v. 23.

A lo que parece, Pablo no limita este desahogo del corazón a los efesios. Usa la tercera persona y escribe para los cristianos en general.

Les desea *paz*, que es el bien más útil que un cristiano puede poseer. Dios no está en la guerra ni en la discordia. Está en la concordia y en la tranquilidad.

Les desea *amor*, porque Dios mismo es amor y donde hay amor allí está Dios. Para conocer el alma de nuestro hermano hemos de iluminarla con los rayos de nuestro amor.

Amor con *fe*, que es diferente al amor sin ella. ¿Acaso podemos amar sin creer? ¡Imposible! ¡No hay ateos en el amor! Calcular las posibilidades de amor no es amar con fe, es mera especulación.

Fe y amor no parecen semejantes, pero son exactamente la misma cosa. Donde hay amor hay fe; y donde hay fe hay amor.

Todo esto, sublimado, espiritualizado, divinizado, si fuera posible. Paz, amor y fe «de Dios Padre y del Señor Jesucristo», que es diferente a la paz, el amor y la fe de la tierra.

Porque entre los sentimientos de Dios y los sentimientos del hombre hay la distancia teórica que existe entre el cielo y la tierra.

Esto es orar. Así hemos de orar. Volcando el corazón en la oración. Más que una actitud mental, la oración debe ser un descargue sentimental, la canalización de nuestras emociones hacia el alma del hermano que nos oye.

## 3. Bendición (v. 24)

**«La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inalterable. Amén.»**

Concluye la carta a los Efesios con la fórmula de bendición parecida a las utilizadas por Pablo en otras epístolas suyas.

Aquí, sin embargo, da un nuevo título a los cristianos. Antes los ha llamado «santos» (6:18). Ahora se refiere a ellos como «los que aman a nuestro Señor Jesucristo».

A éstos desea que la *gracia* de Dios sea sobre ellos. En la epístola a los Efesios, *gracia* es la bondad y la misericordia de Dios manifestadas en la salvación del pecador (2:8), y el don espiritual otorgado por Cristo gratuitamente al cristiano para edificación de la Iglesia (4:7).

Fruto de la gracia es el amor del hombre a Dios. Un amor que por su propia esencia está llamado a ser «inalterable». Con este calificativo Pablo está dando a entender que

el amor del cristiano a su Señor es un amor incorruptible, sobrenatural, que perdura más allá de la muerte, porque «ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro» (Romanos 8:38-39).

Orar es también bendición. Bendita es la persona que ora; bendiciones de Dios se derivan de la oración, y bendiciones espirituales transmitimos a quienes nos acompañan en la oración. Está escrito que Dios «tendrá misericordia del pobre y del menesteroso... Se orará por él continuamente; todo el día se le bendecirá» (Salmo 72:12-15).

## CONCLUSIÓN

Orar en todo tiempo, en todas circunstancias, en todas las ocasiones. Tal es el tema de Efesios 6:18-24.

El célebre poeta y místico francés Lacordaire decía que la oración es el instrumento que el hombre tiene a su disposición para inclinar a su favor el corazón de Dios.

Numerosos ejemplos bíblicos de mujeres y hombres que oraron confirman el juicio de Lacordaire.

Abraham oró por Lot y lo libró de perecer en Sodoma.

Jacob oró y fue heredero de la promesa.

José oró y llegó a ser entronizado en Egipto.

Moisés oró y quedaron divididas las aguas del Mar Rojo.

Josué oró y entró a la tierra prometida.

Ana oró y tuvo el hijo que tanto deseaba.

Mardoqueo oró y los judíos se salvaron de la muerte,

Nehemías oró y ablandó el corazón del rey Artajerjes.

Elías oró y descendió lluvia sobre la tierra.

Eliseo oró y las aguas del Jordán se dividieron.

David oró y le fue perdonado su pecado.

Salomón oró y Dios prosperó su reinado.

Daniel oró y cerró la boca a los leones.

Jonás oró y Dios perdonó a los ninivitas.

Uno de los ladrones crucificados junto a Jesús oró y obtuvo el paraíso.

Esteban oró y contempló la gloria de Cristo.

Los discípulos oraron y descendió el Espíritu Santo.

Pedro oró y fue libertado de la cárcel.

Pablo y Silas oraron y las puertas de la prisión se abrieron.

La lista se haría interminable.

Cristo fue el más claro ejemplo de oración.

Los tres primeros Evangelios describen la constancia de Jesús en la oración y sus repetidas lecciones en torno al tema, desde el Padrenuestro a su oración agónica en el huerto. El capítulo 17 de Juan es un modelo de preocupación y de oración a favor de los elegidos.

En junio de 1793, al iniciar su segundo mandato como primer presidente de los Estados Unidos, George Washington envió una carta a los gobernadores del Estado pidiendo que se orara por el país. Oremos, decía Washington, para que la gracia de Dios «nos mueva a hacer justicia, a amar la misericordia y a conducirnos con claridad y mansedumbre en medio de los conflictos que azotan nuestro país».

He aquí una oración para todos los tiempos.